



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U.G.T.

Sólo humanitario...

El año mundial del Refugiado

EN el mes de diciembre del pasado año, la Asamblea General de las Naciones Unidas tomó el acuerdo de instituir un «Año mundial del Refugiado». Posteriormente, a fines de abril último, la Comisión Consultiva del Consejo de Europa, reunida en Estrasburgo, se ha ocupado de aquella iniciativa, acordando abrir sobre ella un debate en su reunión del próximo otoño, así como invitar a sus miembros a suscitar debates análogos en los Parlamentos de sus países respectivos y a procurar en éstos la creación de Comités nacionales y la organización de manifestaciones públicas, todo ello en apoyo de la campaña de asistencia a los refugiados.

A esos acuerdos, adoptados con carácter de «recomendación», hecha al Comité de los Ministros del referido Consejo de Europa. Se resumen estos acuerdos de recomendación en la invitación a los países miembros para que cooperen al Año Mundial del Refugiado creando un fondo económico; en requerir a los principales países de inmigración para que aumenten los contingentes de admisión de refugiados; en desenvolver en favor de éstos una intensa acción de propaganda por medio de la prensa, de la radio y de la televisión; en la puesta en obra de ciertos proyectos para la readaptación de refugiados; en la «realización de una obra pictórica de carácter simbólico que, reproducida bajo formas diversas, pueda ser puesta en venta en los países miembros».

Sin duda es laudable cuanto se haga para remediar una injusticia, aunque sólo sea parcialmente. Estimable es que, aun sin atacar las causas de la injusticia, o sea la injusticia misma, se trate de asentar a ésta en un relativo acomodo, reparando o atenuando algunos de sus efectos. Esto es lo que se hace o pretende hacer el Consejo de Europa, y acaso no puede hacer más. Lo hace «a título puramente humanitario», y así lo dice en el preámbulo de su «recomendación», recogiendo ese concepto limitativo expresado en la iniciativa de las Naciones Unidas, y que le sirve de base.

Ese mismo concepto, más ampliamente expresado, se encuentra en el discurso que en la referida reunión de la Asamblea Consultiva ha pronunciado Mr. Schneider, Representante especial del Consejo de Europa para los Refugiados nacionales y los Excedentes de población. «La finalidad —ha dicho— del Año mundial del Refugiado, es una finalidad humanitaria. No debe mezclarse en política».

No es de suponer que esas palabras representen un concepto despectivo para la política, sino más bien una garantía de no censura ofrecida a los hacedores de refugiados. Porque la raíz del problema es política, probablemente política, ya que, en la inmensa mayoría de los casos, los refugiados son gentes arrojadas de sus hogares por un despotismo brutal. Luchar contra esos despotismos y asfixiar a los que de ellos tiene a su alcance sería hacer política; buena política, como le corresponde hacerla a las Naciones Unidas, según su Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Pero ya que esa Organización deja su laudable protección a los refugiados, prudentemente reducida a una empresa humanitaria, haría bien en procurar extenderla a tantos hombres honestos, de espíritu libre, que no tuvieron la triste suerte de exiliarse y a quienes los despotismos respectivos tienen «refugiados» en las cárceles de sus propios países.

Hitler, Franco y «el jesuita de su cuñado»

LONDRES (O.P.E.). — El «Sunday Express» publica el contenido de unas notas personales que Adolfo Hitler dictó a su lugarteniente Martin Bormann en las últimas semanas de la guerra mundial, concretando su pensamiento sobre la acción militar y diplomática de Alemania. En cuanto a Franco se refiere, dice:

«A veces me pregunto —piensa Hitler— si no me equivoqué al no haber arrastrado a España a la guerra en 1940. No hubiera sido nada difícil conseguirlo, ya que, por lo menos de palabra, España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y llegar a ser uno de los que participasen en el botín de la victoria».

«Franco, claro está, sustentaba una opinión excesivamente exagerada sobre la importancia que podría tener la intervención española. De to-
voqué al no haber arrastrado a España a la guerra en 1940. No hubiera sido nada difícil conseguirlo, ya que, por lo menos de palabra, España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y llegar a ser uno de los que participasen en el botín de la victoria».

«Franco, claro está, sustentaba una opinión excesivamente exagerada sobre la importancia que podría tener la intervención española. De to-
voqué al no haber arrastrado a España a la guerra en 1940. No hubiera sido nada difícil conseguirlo, ya que, por lo menos de palabra, España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y llegar a ser uno de los que participasen en el botín de la victoria».

«Franco, claro está, sustentaba una opinión excesivamente exagerada sobre la importancia que podría tener la intervención española. De to-
voqué al no haber arrastrado a España a la guerra en 1940. No hubiera sido nada difícil conseguirlo, ya que, por lo menos de palabra, España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y llegar a ser uno de los que participasen en el botín de la victoria».

«Franco, claro está, sustentaba una opinión excesivamente exagerada sobre la importancia que podría tener la intervención española. De to-
voqué al no haber arrastrado a España a la guerra en 1940. No hubiera sido nada difícil conseguirlo, ya que, por lo menos de palabra, España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y llegar a ser uno de los que participasen en el botín de la victoria».

«Franco, claro está, sustentaba una opinión excesivamente exagerada sobre la importancia que podría tener la intervención española. De to-
voqué al no haber arrastrado a España a la guerra en 1940. No hubiera sido nada difícil conseguirlo, ya que, por lo menos de palabra, España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y llegar a ser uno de los que participasen en el botín de la victoria».

Cumbres del exilio Pablo Casals y Emilio Herrera

ENTRE los agasajos que en Méjico se le hicieron al general don Emilio Herrera, figuró un banquete de los aviadores militares españoles que, por haber servido a la República, se expatriaron. De todos ellos fué Herrera jefe y de casi todos maestro. Reuniéronse casi cien, y don Antonio Camacho, el más antiguo coronel del arma, leyó, trémulo de emoción, dos cuartillas para ofrecer la comida, entregando seguidamente al general una espléndida bandeja de plata en la que, por orden alfabético, aparecían grabados los nombres de cuantos asistieron al homenaje. Dió las gracias, también muy emocionado, don Emilio, y en sus palabras me atreví reiterada y cariñosamente.

A instancias de Camacho y de otros comensales, entre quienes estuve sentado, pues guardaron conmigo la deferencia de invitarme excepcionalmente por haber yo sido en España el primer ministro del Aire, me levanté para responder al general y, aun a costa de hurgar dolorosamente en la herida que él y su esposa —ésta también presente en el ágape por haber sido la primera mujer que voló sobre España— simbolizó a los aviadores muertos en la guerra en Emilio Herrera Aguilera, hijo de ambos, que acumbió durante un combate aéreo en el cielo de Aragón, y a los aviadores fallecidos en el destierro, en el coronel Angel Pastor que, no obstante los altos cargos que el Gobierno republicano le confiara y en cuyo ejercicio hubo de manejar muchos millones, ha accedido sus días en un asilo francés, hasta donde le empujó la miseria.

Recia contextura moral de dos ancianos
DON Emilio Herrera fué monárquico y amigo personal de Alfonso XIII, quien le nombró gentilhombre de cámara. Estaba, pues en posesión de una llave de oro idéntica a la que lucía Francisco Franco como distintivo de igual título palatino. En 1931, tras el derribamiento del trono, Herrera marchó a Francia para ponerse a las órdenes del rey, y éste, con quien se entrevistó en París, disuadióle de su propósito de causar baja en el ejército, aconsejándole que continuara en activo bajo la República, por ser un régimen legal que el pueblo se había dado libre-

mente y que el mismo monarca acababa.

Desde aquel instante, nadie ha superado a Herrera en lealtad hacia las instituciones republicanas. En 1936, cuando estalló la subversión, estaba Herrera dando un curso cien-

blevación. Era no conocerle. Dándose cuenta de cómo le abrumaba la trágica pérdida de su hijo y sabiendo las ilusiones que tenía puestas en un viaje a la estratosfera —quería subir a veinticinco mil metros—, le llamé a mi despacho ministerial para rogarle que se estableciera en Guadalupe y continuase allí los preparativos de la ascensión que acaso amenguaran su pena. Pero en Guadalupe encontró destruido el globo, conccionado con riquísima seda, la cual utilizaron mozas de la ciudad para hacerse sobrios trajes. Hubo, por tanto, que desistir de una empresa que, realizada con éxito, habría dado lustre a su autor y a la República.

A fines de 1938 y fuera yo ya del Gobierno, designéme embajador extraordinario a la toma de posesión del Presidente electo de Chile, don Pedro Aguirre Cerda. Solicité que me acompañara, en calidad de agregado militar, el general Herrera por el gran

«El poner a la mitad de los españoles fuera de la ley mientras una minoría de pillastres se enriquecen a más no poder con la bendición del

«El poner a la mitad de los españoles fuera de la ley mientras una minoría de pillastres se enriquecen a más no poder con la bendición del

«El poner a la mitad de los españoles fuera de la ley mientras una minoría de pillastres se enriquecen a más no poder con la bendición del

«El poner a la mitad de los españoles fuera de la ley mientras una minoría de pillastres se enriquecen a más no poder con la bendición del

Por Indalecio PRIETO

tífico en la Universidad de verano de Santander, instalada en el palacio real de Magdalena y, entendiendo que en semejante trance sus deberes militares preponderaban sobre los de catedrático, abandonó la Universidad para asumir funciones que le correspondían en las fuerzas aéreas. Ocupados por el enemigo los territorios interiores de Castilla la Vieja, don Emilio hubo de pasar por Francia para trasladarse a la otra zona leal. No faltaron oírse resaca de los sospechados que se quedaría en Francia para sustraerse a la contienda e inclusive que secundaría la su-

Sobre la nueva oleada de detenciones

Ampliando nuestra información del número anterior, damos esta más completa relación de los detenidos.

En Salamanca: Alonso Novo.
En Madrid: A los nombres que dimos en nuestro número anterior, o sea Mariano Rubio Jiménez, Tomás Llorens, César Cimadevilla y Agustín García León, hay que añadir el de Jacobo Martos, estudiante. Otro estudiante, de Derecho, Luis Alberto Solana, a quien buscaba la policía, no ha sido alcanzado todavía por ella.

En San Sebastián: Tenemos ya publicados los nombres de Luis Martín Santos y Santiago Antón.
En Valencia: Aparte de Isabel Muñoz, a la cual nos referimos en nuestro número pasado, y que ha sido ya puesta en libertad, los nombres de los otros cuatro son: Vicente Lluell (hijo de una personalidad del régimen), Vicente García, Salvador Franco y Fernando Mena.

Los detenidos están acusados de pertenecer a la Agrupación Socialista Universitaria y de haber realizado actividades de propaganda.

Todos ellos, según nuestros informes, han sido objeto de malos tratos por la policía.

Denuncia ante el mundo libre El trato en las prisiones de Franco

Los socialistas y sindicalistas libres del interior de España a la prensa del mundo libre.

Un socialista español, Vicente Suárez, obrero asturiano, un procesado de los encarcelados desde noviembre de 1958, ha sido objeto de malos tratos por parte del guardián de prisiones Cesáreo Comrade en la cárcel madrileña de Carabanchel.

Con ocasión de que, a juicio del guardián, Suárez no se incorporaba a filas en el patio de la prisión con suficiente rapidez, le empujó aquél con violencia al tiempo que le golpeaba ligeramente con una especie de fusta que tenía en la mano.

Posteriormente, el 30 de abril, se reunió la Junta de Disciplina de la cárcel y condenó a Suárez a cuarenta días de celda de castigo. Esto quiere decir que durante cuarenta días y cuarenta noches Vicente Suárez quedará absolutamente aislado, recibiendo únicamente la comida suficiente para sobrevivir, y con el pelo cortado al cero.

Suárez es un honrado padre de familia, de unos treinta años, sin antecedentes penales de ninguna clase, y tiene varios hijos menores. Como todos los socialistas y sindicalistas libres que desde el pasado noviembre están en la cárcel o en prisión domiciliaria, no ha sido juzgado ni sentenciado, a pesar de lo cual lleva ya medio año de prisión preventiva, apartado de su familia y de su trabajo. Su abogado, señor García Mon, ha hecho diversas gestiones en favor de su defendido, sin obtener satisfacción.

Por otra parte, se nos informa de que el jefe de servicios de la prisión mencionada, Casimiro Guisasaola, siempre que le toca su turno de guardia de cuarenta y ocho horas, obliga a los presos políticos a hacer la instrucción militar en sus horas de patio. Según el reglamento de prisiones español, dichas horas deben ser empleadas por los presos —y lo eran usualmente— en pensar, hablar, leer o tomar el aire. Esa medida es arbitraria e inhumana.

Esta es buena ocasión para recordar que en las prisiones y en los penales españoles no se respeta la libertad de conciencia de los presos, quienes, sin distinción, se ven obligados a asistir a misa todos los domingos y días preceptivos para los católicos, debiendo hacer las genuflexiones y demás ritos de la liturgia católica, a toque de corneta.

Asimismo, los presos políticos —y los comunes que conviven juntamente— no católicos son obligados a asistir semanalmente, los miércoles por la tarde, a una plática religiosa a cargo de uno de los tres capellanes de prisión. Otras veces se les fuerza a hacer los llamados «ejercicios espirituales», consistentes en tandas de conferencias y horas de silencio y meditación dirigidas por capellanes del establecimiento.

Incluso los propios católicos sinceros y practicantes repudian esta concepción estúpida de las ciencias, que sólo consigue convertir ceremonias que podrían ser respetables en faras grotescas y deprimentes.

Los demócratas españoles encarcelados por su amor a la libertad y a la justicia social, confían en que la prensa del mundo libre se hará eco de estas situaciones de bárbara injusticia, sin duda difíciles de comprender para los millones de hombres y mujeres que tienen la suerte de desenvolver sus vidas en países no sometidos a dictaduras ni totalitarismos, de cualquier signo que fueren.

Pero esos hombres y mujeres no deben olvidar el pasado, en el que muchos de ellos o familiares suyos han sufrido persecuciones parecidas bajo regímenes fascistas, y deben luchar para que el porvenir sea de libertad para todos los hombres y mujeres de todos los países. El pueblo español, los demócratas españoles encarcelados piden su recuerdo y su asistencia moral.

Madrid, 4 de mayo de 1959.

Desde Madrid

España y anti-España

QUIENES aman verdaderamente a España? Esta es la pregunta que cabe plantearse ante las alisonanzas y archiconocidas frases del dictador Franco en su discurso del 1 de abril durante la ceremonia, teatral e inoportuna, de inauguración de la fastuosa monstruosidad de Cuelgamuros, en las estribaciones de la Sierra del Guadarrama.

Fiel a su papel de protagonista único de la ridícula escena política de la España actual, vino a señalar, hasta la saciedad, en su perorata que él, atravesado en el camino de Dios y nombrado por la divina providencia Caudillo vitalicio de España para redimir y salvarla de las tinieblas demoníacas, era el único depositario del amor a la patria. Los que le siguen y obedecen son, según el providencial criterio del Caudillo, los acaparadores del amor a España. Los demás, exiliados republicanos, jóvenes intelectuales, demasiado curiosos según él mismo confiesa —y aquí, en confianza, el 99,9 por ciento de la población española, que haría de tanta farsa, tanta providencia, tanto fariseísmo y tanto sacrificio, detestan y aborrecen al Caudillo y a su tinglado—, todos estos, repito, constituyen, dice nuestro hombrecito, la anti-España, las tinieblas y los poderes ocultos infernales.

Por supuesto, a los intelectuales jóvenes que protestan veladamente, ya que abiertamente o de forma subversiva es imposible en un régimen policiaco, y se atreven a denunciar el terrible fraude que representa la Cruzada, se les recluye en las innumerables cárceles que el Caudillo ha mandado construir en previsión de desviacionismos, que lógicamente tenían que producirse entre la juventud intelectual, que por ser juventud es generosa, sincera y amante de la justicia, y por ser intelectual, piensa, lo cual es un pecado —no digo delito por tratarse de un régimen clerical y providencial— de «desa majestad». Lo mismo hace con los obreros que, por tener conciencia de clase, incitan a sus compañeros a protestar contra los sueldos de hambre que reciben a cambio de un trabajo agotador, que en la mayor parte de los casos es superior a las diez horas diarias. Debemos resaltar la identidad de criterio y puntos de vista entre la clase obrera y los jóvenes intelectuales más progresistas e inteligentes, pero esto es tema para otro artículo.

Más volvamos a la pregunta que nos hicimos al comenzar este artículo: ¿Quiénes aman de verdad a España? Conforme lo que dice nuestro inefable dictador en su discurso de Cuelgamuros, él, sus beneficiarios y sus obedientes esclavos son los acaparadores absolutos del amor a España. Los que discrepan de su paternalismo, son ovejas negras y descarriadas que representan a la anti-España y a las que es obligado y caritativo hacerles volver a garrotazos al redil lleno de inmundicias.

A la manera mordaz e irónica de Marco Antonio en su oración ante el pueblo romano tras la muerte de César, diremos:

«Para levantar esta cruz y para construir esta basílica, horadada en roca viva, removiendo millones de toneladas de piedra y de un lujo asiático en su interior, ha sido preciso un dispendio de varios miles de millones de pesetas, a pesar de haberse empleado, durante bastante años, mano de obra gratuita con miles de prisioneros de la guerra civil, que, como esclavos harapientos del antiguo Egipto, han dado su vida en esta monstruosa construcción para un megalómano cruel. En su realización, algunos técnicos y contratistas se han enriquecido, como ocurre siempre en todas las realizaciones franquistas».

Nosotros, socialistas españoles, habiéramos aplicado esa enorme suma de dinero y esfuerzos en la construcción de más de cien mil viviendas de renta limitada para trabajadores, remunerando a los obreros que hubieran colaborado con salarios suficientes y dignos. Tenemos la convicción de que nos sobran monumentos funerarios y eclesiásticos, y de que estamos hechos de hombres de buena voluntad que miren de frente al futuro.

Sin embargo, somos la anti-España, como ha reiterado el Sumo Sacerdote Franco, inflexible y providencial.

Su discurso, sus alaridos de fuerza militar, su propaganda y toda la enorme máquina policiaca del Estado franquis-

ta están saturados de alusiones a la guerra civil, terminada hace veinte años e iniciada por él y otros ambiciosos contra la República legalmente establecida. Esta lucha fratricida, alentada y alimentada por las entonces potencias fascistas, costó un millón de vidas humanas.

Nosotros creemos que la guerra civil debe ser superada para llegar a una unión real y solidaria de todos los españoles. Creemos que los gastos militares y policiacos, altamente improductivos, y que representan casi la mitad de las inversiones del presupuesto nacional, deben ser reducidos a un mínimo, para, así, aumentar la asignación a la construcción de viviendas y escuelas, a la reforma agraria, a la renovación de material ferroviario, a la pavimentación de carreteras, a la reconstrucción de la cabana nacional, a la mitigación del paro, etc. Creemos que el terror a una nueva guerra civil debe ser sustituido por el incentivo de una participación efectiva de todos los españoles en la vida política patria dentro del marco de una auténtica democracia, tarea en la que seríamos ayudados por los organismos internacionales y por las naciones europeas, pues las circunstancias son diametralmente opuestas a las del año 1936, en que imperaba un miedo cerval al fascismo. En los momentos actuales resultaría imposible la repetición de aquella guerra civil equívoca.

Tenemos la convicción de que es un suicidio haber dado lugar a la exclusión de España de la Comunidad europea, justificada, desde el punto de vista político, por ser el régimen español totalitario y fascista y, desde el punto de vista económico, por carecer nuestra patria de una planificación adecuada y hallarse la estructura económica desintegrada por una ridícula proyección autárquica, que no tiene sentido en los tiempos que corren, que obligan a los Estados a complementarse mutuamente; y menos aún en una nación pobre, como la nuestra, que no puede en modo alguno bastarse a sí misma.

Sin embargo, nosotros somos la anti-España; lo ha dicho el dictador inflexible, que, por otra parte, ha afirmado que derrotó a la anti-España con la sola ayuda de la Providencia. Suponemos que, en este caso, llamará Divina Providencia a Hitler y Mussolini.

Franco ha asegurado que la victoria conseguida en la Cruzada ha sido para todos los españoles, sin distinción de clases ni ideologías. Nosotros recordamos los fusilamientos en masa de republicanos al terminar la contienda; recordamos a García Lorca, a Miguel Hernández, a Antonio Machado, a Centeno; recordamos también los encarcelamientos recientes de jóvenes intelectuales que piden cuentas y justicia, y las torturas a obreros que se vienen reali-

zando.

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»



Hace diez años

Fernando de los Rios

El día 31 de mayo se han cumplido diez años desde la muerte en Nueva York de aquel gran maestro y compañero nuestro, Fernando de los Rios. De su ardiente preocupación por España recordamos estas palabras con las que terminó en Méjico una admirable conferencia.

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

«Véis ahora la continuidad de nuestro vivir trágico? ¿Véis como nos es absolutamente indispensable buscar en los ríos de nuestra alma lo mejor que tengamos en nuestro espíritu para que al volver a España podamos volver con ira y con odio, sino con un infinito amor. Debemos hacerlo para salvar a aquella tierra, madre nuestra, a la cual yo digo, desde lo hondo de mi alma y desde esta tierra noble y hermosa: ¡Salve España!»

Pericles GARCIA

Pablo Casals y Emilio Herrera

(Viene de la primera pag.)
prestigio que gozaba en América a causa de haber realizado los primeros vuelos trasatlánticos en un globo, zeppelin. No me equivoqué sobre la prestancia que daría a la embajada el general, al que los elementos militares chilenos rindieron significativos homenajes. Apenas concluida nuestra misión en Chile, pidió mi venia para regresar inmediatamente a España, resultándome imposible conseguir que me acompañara en la gira por otros países americanos. Siempre atento a su deber primordial, quiso no demorar más el cumplimiento de sus obligaciones militares. Por eso no llegó conmigo a Méjico en febrero de 1939.

Al hablar yo semanas atrás en la cena de los aviadores, afirmé que don Emilio Herrera constituía con don Pablo Casals la cumbre del exilio republicano español, y me puse a pormenorizar las similitudes existentes entre estos dos ilustres octogenarios.

El arte cautiva a las multitudes más fácilmente que la ciencia, siempre menos asquible. De no ser así, quizá la celebridad mundial de don Emilio se equiparara a la de don Pablo, porque a aquél se le reputa científico eminentísimo. Franco no puede presentar como afecto a su régimen un artista de la prominencia de Casals o un hombre de ciencia con la talla de Herrera. Tampoco presentará un poeta que iguale en calidad a Antonio Machado ni siquiera a Juan Ramón Jiménez. Tamañas excelencias, privilegio de nuestro exilio, demuestran mejor que nada la valía de expatriaciones impuestas por el triunfo rencoroso de los sublevados.

La igualdad en la contextura moral de Casals y Herrera es absoluta. Uno y otro vivían tranquilamente en España si quisiesen, pero no quieren. Con rotundidad lo han dicho a cuantos requirieron de ellos acercan bajo propósito de hacerles cejar en su actitud de protesta. Entre esos requirientes, los hay de condición eclesiástica, pues no deja de tenerse en cuenta la profunda conciencia religiosa de los requeridos.

Conductas aleccionadoras para la España de mañana

Don Emilio Herrera ha justificado repetidamente su actitud en hojas impresas que suele dirigir a los generales, jefes y oficiales del ejército franquista. Suspendiendo cálculos aritméticos y algebraicos que le llevan horas y horas en su modestísima vivienda parisienne de la calle Beaugrenier, redacta proclamas destinadas a antiguos compañeros de armas.

En cuanto a don Pablo Casals, cien veces dijo por qué, desafiando fabulosos contrastes, extendió su silenciosa protesta a naciones sustentadoras del franquismo. Últimamente, lo ha conquisado en estos términos:

«Pienso que el hombre debe hacer lo que considere justo y negarse a transigir con el mal. El artista no puede vivir en una torre de marfil, exento de toda responsabilidad para con la sociedad... Llegan momentos en que el hombre debe actuar en pro de lo que es justo, aunque le sea desgraciado o implique sacrificio. Por haber adoptado una posición política definida, me han llamado comunista, marxista, masón y hasta asesino. Nada de eso soy. Simplemente creo en la libertad, la honradez, la justicia, la fraternidad y la dignidad humana. La decisión de vivir en retiro, adoptada en 1946, no significó gran sacrificio para mí ni me hizo sufrir. Era lo natural, y lo hice. No me arrepiento. Estoy en paz conmigo mismo... Con frecuencia, al acabar el día me digo: la vida es buena y soy feliz. Lo que me hace dichoso es el afecto que se me ha prodigado en el mundo entero. Dios ha sido conmigo tan bondadoso en ese aspecto que posiblemente tengo derecho a pensar que quizás he hecho algo bueno en este mundo. Siento por ello profunda gratitud.»

Repárese que ni Casals ni Herrera son políticos en la acepción vulgar de esta palabra, aunque su posición resulte característicamente política, y adviértase también que ambos estuvieron vinculados por lazos de gratitud y amistad con la familia real española. Ninguno de los dos lo ocultó.

«Apenas concluida la guerra —ha contado recientemente Casals—, don Juan, pretendiente al trono de España, fué a visitarme en Suiza, donde yo me encontraba. Me agradó mucho hablar con él. Conocía desde niño a aquel nieto de mi

protectora, la reina María Cristina, e hijo de mi viejo amigo el rey Alfonso XIII. Le dije, para empezar, que Franco era un mal hombre. Aclaré luego que yo no era monárquico, pero que apoyaría cualquier Gobierno libremente elegido por el pueblo español. Juan me escuchó con interés y, aunque no se comprometió en ningún sentido, me impresionó por su sinceridad. Al concluir nuestra charla, me manifestó: «Quiero decirte que sólo dos personas han sido verdaderamente sinceras contigo: usted y un sacerdote católico.»

Pablo Casals y Emilio Herrera, los dos figuras cumbres del exilio —los demás emigrados, a mil cosas debajo de ellos, nos podemos llamar de tino— no son dos demagogos, sino dos virtuosos que, con su conducta ejemplar, aleccionan a la España de mañana, prontamente venidera.

La fórmula que Casals expuso a Juan de Borbón sobre el modo de reemplazar a Franco —un Gobierno libremente elegido por el pueblo— la defendió Herrera en su brindis ante los aviadores. Nadie puede oír con más comprensión que yo, porque a nadie le ha costado tantos sinsabores como a mí me costó el anticiparme a propugnarla.

Curiosa historia de una medalla

La Universidad Nacional Autónoma de Méjico había invitado al general Herrera a dar una conferencia. Versó la disertación sobre «El Universo de Descartes». Entre los concurrentes que llenaron el aula veíanse militares mejicanos de uniforme y distinguidos profesores.

Herrera habló sin empaque, sencillamente, cual si conversara con un amigo. Contrastaba con aquel tono de plática cañerita una medalla grande que, colgada del cuello, exhibía el conferenciante. Cuando éste abandonaba la mesatrina y, avanzando por el estrado, iba hasta la pizarra para señalar esquemas demostrativos de los torbellinos que en número infinito, según Descartes, forman el universo y uno de los cuales es nuestro sistema solar, la medalla prendida al cuello a un cordón de seda, se bamboleaba sobre el pecho del disertante, como si también ella fuese a participar en la demostración gráfica.

Paladeaba yo la tranquilidad proporcionada por el cómputo cartésiano de que nuestro mundo, juntamente con los demás mundos de nuestro sistema solar, tardará en desaparecer noventa mil años, cuando percibí todo el amargor de una salvagedad que cautamente introdujo el orador: «A menos que la humanidad decida hacerse el harakiri atómico.»

Atormentado por esta frase, muy en consonancia con tremendas angustias actuales, defendí la garantía de los novecientos siglos de vida que le restan a nuestro pequeño universo, y apenas atendi al examen comparativo de Herrera entre las teorías de Descartes y las de Einstein. Sólo me enteré de que el primero había elaborado las suyas descendiendo desde la intuición a la observación y el segundo ascendiendo desde la observación a la intuición. Sin embargo, la medalla del conferenciante seguía intrigándome.

Concluído el acto, me acerqué a don Emilio, no para pedirle aclaraciones a algo de lo que no entendí, sino para preguntarle qué significaba la medalla. Me lo explicó. Era la insignia que le correspondió como miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Madrid.

A cuantos académicos se expatriaron, Franco los hizo borrar de las respectivas listas, pese a que esos nombramientos nunca procedieron del Gobierno, pues siempre se acordaban a decisión de las propias Academias. Así dejaron de ser académicos, además de Herrera, hombres de tanto renombre internacional como el naturalista don Ignacio Bolívar y el físico don Blas Cabrera, sepultados en Méjico.

Para sustituir a don Emilio Herrera fué designado un señor cuyo nombre debe omitirse caritativamente con objeto de evitar que, al mencionarlo, resalte el baldón del ignominioso reemplazo. Es costumbre en las tomas de posesión académicas que el recién designado examine y alabe los méritos de su antecesor; pero en este caso habría rebasado todo lo insolito elogiar a un académico destituido. El recién designado, no sabiendo cómo salir del paso, se dedicó a elogiar a don José Echegaray que, además de popular dramaturgo —compartió con el francés Mistral un Premio Nobel de Literatura—, fué asimismo ilustre ingeniero y, en concepto de tal, miembro de la Academia de Ciencias. Al fallecer Echegaray, ocupó su sillón el general Aranz y, muerto éste, eligióse para sustituirle a don Emilio Herrera.

El que reemplazó a Herrera, se jactó en su discurso de ingreso de ostentar la medalla

de Echegaray. Herrera le escribió desde París desmintiendo semejante aseveración. «La medalla de Echegaray —vino a decirle el famoso aeronauta— la tengo yo y, como nadie puede licitamente arrebatármela, la conservaré mientras viva.»

Es la medalla con que don Emilio se engalanó el 14 de mayo en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de Méjico, a medalla que se bamboleaba orgullosa sobre el pecho de un verdadero sabio cuando su legítimo poseedor avanzaba por el estrado para señalar en la pizarra los esquemas demostrativos del sistema astronómico de Descartes. Si, sobre el pecho de un auténtico sabio y de un caballero sin tacha, caía a todos sus juramentos, a tuer de fervoroso católico, y leal a todas sus promesas, a fuer de hombre honesto.

Don Emilio Herrera y don Pablo Casals enaltecen a la emigración republicana española. Nosotros, los demás desterrados, nunca enalteceremos bastante a estos dos insignes octogenarios, de quienes yo suelo recibir voces de aliento y en cuyo espejo quisiera mirarme siempre. ¡Pero están tan altos!

Indalecio PRIETO

Recuerdos del tiempo joven

(Viene de la cuarta pag.)
mecánica suprimen la necesidad de pedir un esfuerzo mayor.

«Porque ocho horas de trabajo y una buena organización interior pueden crear una superabundancia de riqueza para todos.

«Porque, simplemente con la aplicación de enriquecerse empobreciendo a los demás, nadie tiene derecho a exigir de sus semejantes un esfuerzo mayor en el trabajo que el necesario, en general, a la sociedad toda entera.

«Porque el verdadero interés de cada uno consiste en que todos los seres humanos sean fuertes, inteligentes, estén contentos y hasta puedan llegar a ser ricos.»

Se ha hablado con excesiva superficialidad al referir la serie de iniciativas, casi ninguna viable, por todas plenas de generosidad y desinterés en favor de los humildes, lanzadas por los escritores y propagandistas del llamado socialismo utópico. Su inevitable fracaso no merece el olvido ni mucho menos el desdén por parte de quienes han consagrado su vida a la defensa de los intereses e ideales de la clase trabajadora.

Entre los mineros de Bélgica, en 1831, hubo un movimiento de protesta contra la utilización de los caballos en el acarreo del carbón dentro de las minas. Luis Bertrand, en su interesante libro «L'Ourvrie belge depuis un siècle», dice lo siguiente, relacionado con tan emocionante episodio: «Hacia un año que en las minas de Saint-Gilles, de Lieja, se empleaban caballos en los trabajos subterráneos. Ese modo de tracción, al mismo tiempo que suprimía un trabajo rudo y penoso a cargo hasta entonces de hombres, mujeres y niños marchando a cuatro patas como animales por el fondo de la mina, tenía otra ventaja: la de disminuir sensiblemente el coste de producción.»

Esa reducción en el coste de producción la obtenían los patronos arrojando a la calle a mujeres y niños, sustituidos por caballos, y contra esas medidas, en julio de 1831, estalló tan grave conflicto en la región minera citada, que la autoridad militar tuvo que hacerse cargo del orden público y en parte dar satisfacción a los mineros, que lograron ser autorizados a compartir con las bestias el acarreo del carbón en el interior de las minas. Y como los patronos estaban obligados a dar buen trato a los animales que utilizaban en sus explotaciones, Pablo Lafargue, en un artículo publicado en «L'Égalité» de Jules Guesde de 23 de febrero de 1889, escribió lo que sigue:

«Estas reivindicaciones de hombres libres —la jornada de ocho horas, principalmente— que gozan de sus derechos políticos, que se ven parcialmente en el Estado de Victoria (Australia) en 1856. Tal vez como resultado de las predicciones de Roberto Owen, en 1840 hubo industrias en los Estados Unidos que comenzaron a practicar la jornada de diez horas, todo ello muy limitadamente. En cambio, con carácter general, en Australia y Estados Unidos, a partir de 1868, empezó a respetarse la jornada de ocho horas en los trabajos públicos. Antes de esta fecha, la Asociación Internacional de Trabajadores había adoptado acuerdos favorables a la reducción de la jornada y en especial a la implantación de las ocho horas, que lograron extraordinaria resonancia en el mundo entero, y que resumimos a continuación: «El Congreso de la Internacional, reunido en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866, considera la reducción

Hitler, Franco y «el jesuita de su cuñado»

(Viene de la primera pag.)
clero y a costa de aquéllos, nada solucionaba.

«Estoy seguro de que de entre los españoles a quienes se considera rojos, hay muy pocos comunistas. Fuimos bien inducidos al engaño, y de haber sabido el fondo real de la cuestión, nunca hubiera permitido que nuestra aviación bombardeara y destruyera a una población hambrienta y al mismo tiempo sirviera para restablecer al clero español en sus escandalosas prebendas.

«En resumen: al asegurarnos de que la Península Ibérica continuara neutral, España nos prestaba el único servicio que en este conflicto le era dable prestarnos. Tener a Italia como carga era ya suficiente preocupación y, sean cuales fueran las dotes del soldado español, la España actual, dado su estado de pobreza y su falta de preparación, no hubiera resultado un verdadero «handicap» más que una aportación.

«Creo que esta guerra nos ha demostrado por lo menos una cosa: la decadencia irremediable de los pueblos latinos. Han puesto bien de relieve que ese han quedado en la cuneta» y que por lo tanto han perdido todo derecho a participar en la dirección de los problemas mundiales.

«Hubiera sido muy fácil ocupar Gibraltar con nuestras tropas de asalto y la complicitad franquista, pero sin que se declarase ninguna guerra por nuestra parte. Estoy convencido de que Gran Bretaña no lo hubiera tomado como un pretexto para declararse la a España. Ante todo le hubiera interesado que dicho país se mantuviera neutral y desde nuestro punto de vista, ello hubiera eliminado todo peligro de desembarco británico en las costas portuguesas.

«Sin embargo, de ocurrir eso, hubiera sido bien difícil impedir que España se pusiera a nuestro lado, pues ya vimos lo que ocurrió al no poder evitar que Italia se lanzara en ayuda de nuestras victorias.

«Estos países latinos nos prestan flacos servicios. Su inflamada vanidad es tan profusa como su debilidad. Y no sirven más que para confundirlos todo.»

de las horas de trabajo como el primer paso para conseguir la emancipación del obrero. En principio, ocho horas de trabajo por día debe ser considerado suficiente. El trabajo de noche, salvo excepciones reglamentadas legalmente, debe ser prohibido.» (La Comuna de París de 1871 prohibió el trabajo de noche en las puzas de cerámica, adelantándose en medio siglo a la aplicación generalizada de tan saludable medida.)

Antes de 1866 fueron presentados en el Parlamento de los Estados Unidos varios proyectos de ley reclamando la aplicación de las ocho horas como jornada legal, sin obtener resultado favorable. Pero las organizaciones obreras no podían abandonar una campaña que había debutado en el Congreso sindical de Chicago en 1864, continuado en el de San Francisco de 1865 y ratificado en el de Baltimore el 16 de agosto de 1866, que adoptó la siguiente resolución: «Para liberar de la esclavitud capitalista al trabajo de este país, la primera y más urgente necesidad del presente es una ley según la cual la jornada de trabajo sea de ocho horas en todos los Estados de la Unión Americana. En este sentido, estamos decididos a poner en práctica todo lo indispensable hasta conseguir el resultado apetecido.»

Efectivamente, las organizaciones obreras norteamericanas, influidas por una emigración en la que figuraban anarquistas y socialistas revolucionarios que sostenían periódicos y centros sociales en su idioma de origen, arrieron intensamente en su campaña por la reducción de las horas de trabajo, sin abandonar la bandera de las ocho horas como punto culminante. Desde 1874, los Caballeros del Trabajo, organización nacional que agrupaba entidades de matriz predominantemente anarquista, comenzaron a declarar huelgas, pérdidas casi siempre, a veces obteniendo reducciones en la jornada, y hasta hubo casos de aplicación en determinadas profesiones de ocho y nueve horas de trabajo.

Comenzó entonces a intervenir en las organizaciones obreras norteamericanas un hombre nacido en Londres el 27 de enero de 1850, Samuel Gompers, quien a los trece años trabajaba en una fábrica de cigarrillos de Nueva York y en 1866 llegó a ser uno de los puntales de la Federación Americana del Trabajo. Gompers orientó sus esfuerzos hacia una corporación obrera nacional que ejerciera influencia, a veces decisiva, sobre los partidos políticos, sin comprometerse sistemáticamente en favor de ninguna fracción, apoyando unas veces a personalidades republicanas, otras a caudillos demócratas y a veces a socialistas o progresistas, como el senador Lafoyette.

Por cierto derrotado estrepitosamente. La explicación que Gompers dió de actuación tan tímida en el Congreso de la Federación Americana del Trabajo en 1866 fué que él era sindicalista en Inglaterra y Estados Unidos, pero que en Alemania sería socialista y en Rusia, nihilista. Hasta diciembre de 1924, en que falleció, ejerció dentro de su organización una autoridad indiscutible —en el transcurso de casi cuarenta años perdió la presidencia de la Federación Americana del Trabajo una sola vez—, siendo el principal responsable del apartamiento de las organizaciones obreras norteamericanas de la acción política de clase, así como de la debilidad innata del socialismo en la nación más industrializada del mundo. Pero de esta lamentable desviación

España y anti-España

(Viene de la primera pag.)
zando. Recordamos la terrible maquinaria policiaca de represión política del régimen.

Sabemos que la victoria a costa de la democracia y de un millón de muertos ha servido para que los jerarcas de un ejército descomunal y desproporcionado con respecto a la pobreza del país, los directores de una ideología anárquica e inoperante como la Falange, algunas congregaciones religiosas, los consejeros de los monopolios industriales y los terratenientes feudales del centro y sur de la Península, que mantienen sus enormes heredades sin cultivar para su recreo cinegético, acaparen la riqueza del país y se repartan los dividendos que el «statu quo» franquista les asegura, mientras el pueblo, y en especial la masa proletaria, permanece en la miseria y en la ignorancia, viendo angustiosamente cómo cada día se elevan los precios de los artículos de primera necesidad.

Nosotros, socialistas, propugnamos que los gastos de este macrocefalo ejército se invierten en la construcción de escuelas y en la mejora de la enseñanza primaria y científica, y que los jefes militares, demasados en la actualidad, se contenten con su sueldo, hay otros antecedentes de los que tratáremos por separado.

En 1882, en el Congreso sindical de Cleveland hubo apasionado debate alrededor de una propuesta de las organizaciones obreras de Chicago favorable a la jornada de ocho horas, que, adoptada, fué comunicada a los partidos burgueses y al presidente de la República para que la patrocinaran. Los resultados, una vez más, no respondieron a las esperanzas puestas por sus iniciadores, y los delegados de formación anarquista en sucesivas asambleas encontraron base suficiente para plantear que la campaña se orientara de modo directo contra la clase patronal, presentando de peticiones al poder público.

Hubo nuevo Congreso sindical en Chicago durante el mes de noviembre de 1884, y el secretario legislativo de la incipiente Federación Americana del Trabajo —oficialmente fué creada en 1886, con Samuel Gompers a la cabeza—, Frank K. Foster, expuso ante los delegados las dudas que abrigaba de que los políticos se decidieran a votar las leyes sociales que las Sociedades obreras demandaban. El representante de los obreros de Washington, Gabriel Edmonston, defendió entonces una propuesta encaminada a que durante dos años se agilitara la conciencia del país exigiendo para el 1.º de mayo de 1886 la más rigurosa aplicación en toda la nación norteamericana de la jornada de ocho horas. Advertidos con tiempo, los patronos carecían de autoridad para decir que habían sido sorprendidos por la petición obrera, y si oponían obstáculos surgía la huelga ilimitada en fábricas, minas y talleres hasta consolidar mejora tan esencial.

A pesar de todo, la resolución aprobada por el Congreso no excluía la gestión política en favor del acuerdo, antes al contrario, insistía nuevamente en que se reclamara la aprobación de una legislación social en este sentido. Hé aquí los términos de la iniciativa de Gabriel Edmonston, tal y como fué sancionada por el Congreso sindical de Chicago en noviembre de 1884: «La Federación de Sociedades obreras de los Estados Unidos y del Canadá ha resuelto que ocho horas constituirán la duración legal de la jornada de trabajo a partir del 1.º de mayo de 1886. Por tanto, recomendamos a las organizaciones sindicales de toda la nación consigan la promulgación de leyes en conformidad con esta resolución.»

La decisión era tan hábil como exigían las circunstancias. No se excluía la acción directa, pero se insistía en que las organizaciones obreras consiguiesen la promulgación de leyes favorables a la jornada de ocho horas. Los militantes más conscientes iban por una reducción de las horas de trabajo. Por el contrario, los más exaltados pretendían cumplir al pie de la letra el acuerdo según el cual a partir del 1.º de mayo de 1886 la jornada legal de trabajo sería de ocho horas. ¿Cómo podría ser legal esa jornada si previamente no se promulgaba una ley en este sentido? Los enemigos de hacer reclamaciones al Poder público comenzaron a actuar desde ese momento para arrancar las ocho horas por el único esfuerzo del movimiento obrero. Y el 1.º de mayo de 1886, conforme se había dispuesto, hubo centenares, tal vez millares de huelgas en los Estados Unidos. Hubo éxitos y fracasos, más de éstos que de aquéllos. Fué una jornada de inmensa resonancia, aumentada por los trágicos sucesos de Chicago, de que tratáremos por separado. Andrés SABORIT Ginebra, abril de 1950.

digno y honesto, sin otra clase de prebendas.

Propugnamos que la enseñanza sea libre, cívica y gratuita, que no sea monopolizada por los clérigos, los cuales obtienen por este motivo pingües beneficios, y que ciertas sectas religiosas sean apartadas de toda actividad política. Propugnamos que los monopolios capitalistas sean controlados por el Gobierno, libremente elegido por el pueblo, para así determinar los precios de sus productos y destruir sus enormes beneficios que podrían ser aplicados en un amplio esquema de inversiones públicas. Los socialistas queremos hacer una efectiva reforma agraria, entregando los latifundios en barbecho a colonos laboriosos que ahora son pobres campesinos hambrientos. Propugnamos una reforma tributaria sin mixtificaciones, aumentando la cuota del impuesto sobre la renta, de tal modo que los ingresos de las fortunas cuantiosas sean absorbidos totalmente, para aplicarlos al saneamiento de la endeble economía española, al fortalecimiento de la moneda impidiendo la inflación creciente, que disminuye la capacidad de compra del dinero en manos de los humildes, mediante un plan general de inversiones públicas rentables y, sobre todo, aplicar estos ingresos a la construcción de viviendas para trabajadores.

Sin embargo, nosotros somos la anti-España, lo ha dicho el gran Inquisidor General en Cuelgamuros. Y él no puede equivocarse en materia de fe religioso-política; por algo marcha bajo palio en todas estas ridículas ceremonias pseudo-religiosas.

Nosotros, socialistas democráticos, pretendemos que los Sindicatos, dirigidos por hombres responsables ante los trabajadores y elegidos por éstos directamente, sean organismos independientes del Estado, defensores exclusivamente de los intereses de la clase obrera y dispuestos a enfrentarse en cualquier momento a las exigencias del capitalismo mediante huelgas organizadas, cosa admitida y considerada legítima por el propio Papa Juan XXIII. Sabemos que los caricaturescos Sindicatos verticales falangistas, de patronos y obreros, son cuevas de bandidos, donde los más poderosos, capitalistas o terratenientes, imponen sus conveniencias a los más débiles, los asalariados, manteniendo a éstos desunidos entre sí, mediante pactos o convenios colectivos que benefician a unos pocos trabajadores en detrimento de los demás, para destruir de esta manera su conciencia de clase explotada.

Los socialistas democráticos queremos que los gobernantes españoles tengan enfrente una oposición organizada que impida los abusos de poder y que denuncie públicamente las injusticias y los robos que puedan cometer los políticos en el ejercicio de su mandato. En la España franquista, el pueblo, aunque sospecha, permanece ignorante de los robos y tropelías; no sabe que el déficit de la balanza comercial se eleva a más de cuatrocientos millones de dólares; no sabe, tampoco, quiénes y en qué cuantía han expoliado el oro que se encuentra depositado en los Bancos suizos y americanos. Nosotros conocemos unos cuantos nombres... «Ilustres». Por eso abogamos por la libertad de prensa y por la democracia política.

Sin embargo, nosotros somos los mismísimos demonios, según palabras textuales del Caudillo, que al serlo por la gracia de Dios no puede equivocarse.

Nosotros, socialistas, creemos que la ejecutoriedad de los tratados, públicos y secretos, signados por el Gobierno franquista con los Estados Unidos, es la más aleve traición al pueblo español que jamás se haya cometido. Vamos a explicarlo por medio de un razonamiento lógico:

1) No se ha consultado esta decisión con el pueblo ni con sus representantes legítimos, libremente elegidos, pues estos no existen. Dichos tratados han venido a reforzar al régimen franquista, que sin ellos habría desaparecido ya.

2) La dependencia directa del material y personal de las bases —llamadas inverosímilmente conjuntas— del mando estratégico norteamericano sin intervención ni autorización efectiva de ninguna jerarquía española, la vigilancia de dichas bases efectuada por personal norteamericano exclusivamente; el establecimiento en las mismas de maternidades para las esposas de los militares yanquis con el objeto de que todos sus hijos reciban ipso facto la nacionalidad norteamericana; la circulación libre de dólares entre el personal de las bases, norteamericano y español, incluso fuera del recinto de las mismas; el establecimiento de Bancos especiales con la sola finalidad de efectuar cambios de moneda a los militares americanos, que se hace conforme al valor real del dólar; una jurisdicción penal especial para conocer los delitos o faltas que cometa el personal civil y militar norteamericano en territo-

rio español, exclusivamente reservada a la autoridad de jueces yanquis, inhibiéndose de sentenciar los magistrados españoles, con lo que se conculca el principio general de Derecho llamado «jus fori». Todos estos hechos demuestran que existe una pérdida efectiva de soberanía o, lo que es lo mismo, la implantación en España de tantos Gibraltares como bases militares yanquis hay en nuestro malhadado territorio patrio. ¿No alardeaba Franco de ser el único paladín que ha intentado rescatar Gibraltar del poder de los ingleses?

3) La certeza de que se han firmado pactos militares secretos adicionales, estableciendo campamentos de lanzamiento de cohetes o depósitos de armas nucleares en pirajes no conocidos, a los que ningún ciudadano español puede tener acceso.

4) Una gran parte de los préstamos concedidos al Gobierno español se ha invertido en material de guerra, que en lenguaje económico constituyen gastos improductivos, y que contribuyen a acentuar el proceso inflacionista que acusa nuestra debilitada economía. Por otra parte, si este material de guerra se destinara a reforzar nuestro ejército contra una agresión imperialista extranjera, se daría por bien empleado tan enorme gasto; pero todos sabemos que estando España fuera de la OTAN y de toda otra organización militar supranacional, este material de guerra, que viene a aumentar los pertrechos mastodónticos de una dictadura militar, sólo puede emplearse contra el propio pueblo español que siente ansias de liberarse del yugo fascista, pero que, naturalmente, tiene miedo de la millonada impleable.

Sin embargo Franco ha repetido una y mil veces que nosotros somos traidores a la patria; y él es inflexible y, además, es un patriota a prueba de Gibraltares.

En fin, nosotros, socialistas españoles, no hacemos uso de palabras altisonantes, tales como «Arriba España», «Por el Imperio hacia Dios» o «España Una, Grande y Libre», empleadas con tanta profusión por el franquismo durante estos veintidós años y que muestran la mentira de un régimen de fariseos, pues España no se ha encontrado nunca más hundida, más pequeña ni más esclavizada, ni más lejos de alcanzar metas imperiales, que, por otra parte, no son más que sueños quiméricos en mentes anárquicas.

A lo sumo, nosotros exclamaríamos ¡Viva el Pueblo!, o ¡Viva la Justicia! Queriendo al pueblo, creemos que amamos a España, pues él es la base de toda sociedad y de toda nación. Gobernando sin el pueblo y contra el pueblo, en beneficio exclusivo de una casta de privilegiados, Franco y sus mantenedores tienen asegurada la maldición de la Historia y de las generaciones venideras.

Nosotros, socialistas, queremos que la relativa pobreza de España sea convalidada por todos los españoles, y que los beneficios sean repartidos a todo el pueblo, de acuerdo con la más elemental regla de justicia distributiva, dando a todos la misma igualdad de oportunidades, con lo que habremos cumplido con el principio político moderno de libertad económica de cada individuo.

Sin embargo, Franco ha afirmado que nosotros somos la anti-España. Parodiando las altisonantes de Cicerón podríamos exclamar: «¡Quosque tandem abutere patientia nostra! ¡Hasta cuándo vas a abusar de la paciencia del sufrido pueblo español, despota aborrecido!»

LIBER
Madrid mayo de 1950.

Comentario a un artículo

(Viene de la cuarta pag.)
y un análisis no muy detenido advertiría fácilmente una segunda intención: la de preparar un caldo de cultivo en donde puede medrar la mediocridad, el arribismo y posible pretente enmascarar conductas preteritas de manifiesta turbiedad.

Por todo ello, tenemos que hablar a los jóvenes que a nosotros se acercan, con absoluta claridad. No somos impermeables a sus sugerencias, pero no tenemos por qué arrepentimos de nuestra pasada conducta y estamos orgullosos de nuestra República. Si cometió errores, lo fueron más por defecto que por exceso. Ahora bien, la experiencia adquirida y el signo de los tiempos exigirán en un futuro propicio que no carguemos con la responsabilidad de detenernos en el umbral de las contempliciones y que oremos con decisión, procurando que el arado socialista no se limite a arar la capa social, sino haciéndolo penetrar profundamente en su estructura íntima, para recuperar el tiempo perdido y conseguir que España se someta al ritmo de las demás naciones europeas.

Juan DE NAVARRA
Buenos Aires.

Cooperativismo
La Federación nacional de Cooperativas de consumo de Francia celebrará Congreso general los días 11 al 13 de junio en la ciudad de Deauville.

Imprenta Social de
EL SOCIALISTA
Gérant: R. DONAS
30, rue Sainte — Marsella.

PRIMERO DE MAYO DE 1939

En Saint-Henri

En Saint-Henri tuvo lugar el mitin tradicional del Primero de Mayo, organizado por las Secciones de la UGT y del Partido. Presidió este acto, magnífico por el gran número de compañeros y patriotas presentes y por la altura de las intervenciones de nuestros amigos de la UGT, PSOE, CGT-FO y SFIO, el compañero Francisco Ibars, secretario de la UGT local, quien hizo la presentación de los oradores con palabras de agradecimiento para ellos y con severa crítica para quienes, conociendo el fondo moral de la dictadura franquista, no vacilan en ayudarle, haciéndole que perviva afrentosamente.

Paul Treppe, concejal socialista y jefe de las milicias socialistas, hace un análisis de lo que ha sido el Primero de Mayo y las luchas ardientes del proletariado internacional para conquistar sus reivindicaciones, y el gran triunfo que significó la jornada de ocho horas.

«Hace quince años —dice— entre otras cosas— que vengo a vuestros actos y hoy me veis con el corazón oprimido de ver que los años pasan y que las ocasiones de ayudar a los españoles a encontrar la libertad perdida, se desperdician. Esto es una verdadera traición a la democracia.

«Vosotros habéis jugado en la Resistencia un papel determinante. Muchos de los nuestros fueron deportados y asesinados. Luchaban por su patria. Vosotros, que a su lado combatíais al fascismo internacional, luchabais por la democracia y por un mundo libre de dictaduras. Sin embargo, países que se autodenominan grandes democracias, aportan una ayuda económica y militar, no para ayudar al pueblo español, sino para mantener en el poder al franquismo.

«A pesar de todo, hay que esperar. Sois un ejemplo de perseverancia y de energía; continuáis la lucha; y viéndolos todavía aquí llenos de vigor, yo creo, y lo ansío porque nada hay perdido, que un día, por fin, la justicia reinará en vuestra España.»

El compañero André Lahoyrie, representante de la CGT Obrera, dice que toda su vida ha sido una mezcla de esfuerzos entre los trabajadores españoles y franceses. Este gran luchador sindicalista dedica buena parte de su disertación a explicar a nuestros compañeros lo que fueron los acontecimientos del 13 de mayo, la posición de la CGT Obrera en aquellas jornadas de intenso dramatismo vividas por el pueblo francés, y termina con argumentos sólidos, convincentes, pronosticando lo

que tarde o temprano ha de ocurrir en España.

«No hay necesidad de una segunda guerra como la de 1936 para que el pueblo español termine con una dictadura que aborrece. Franco está sostenido por potencias democráticas que no tienen en cuenta que al dictador nadie le quiere, pero tengo la esperanza firme de que cualesquiera que sean los mercaderes de «cheving-gud» que puedan venir a ayudarle, no podrán impedir su caída.»

El compañero Lahoyrie, que tuvo una intervención lograda, como todas las suyas, fué calurosamente aplaudido, tanto por sus palabras como por la verdadera amistad que nos profesaba.

Raymond Russo, representante de la Tème Sección de la SFIO, aportó un saludo caloroso a sus amigos «de Saint-Henri, a quienes nada nuevo puede decirles ya que con decir que los socialistas franceses tienen como local el que los socialistas del PSOE les han ofrecido en la barriada, está dicho todo.» El compañero Russo auguró a los españoles emigrados, a causa de las traiciones de la democracia, un retorno al país cuando este mundo inquieto vuelva a recobrar la serenidad perdida.

Tras leerse las adhesiones de amigos y Secciones de la SFIO de Saint-André y Saint-Louis, ocupó la tribuna nuestro compañero Antonio Guirao, el cual empezó diciendo que la Fiesta del Primero de Mayo la celebramos con la modestia que nos imponen las circunstancias, encontrándonos año tras año en los caminos del destierro. La Fiesta del Trabajo que en nuestro país era una jornada magnífica, de esperanza, de realidad, hoy tiene que ser para nosotros una jornada de recuerdo. Vamos a examinar el problema de la realidad.

En una extensa y circunstanciada exposición, hace historia del problema español bajo los distintos aspectos nacionales e internacionales por que ha pasado desde el advenimiento del franquismo, así como de la semejanza de los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera con la actual situación del régimen franquista.

Dice que hay que dialogar y, sobre todo, poner a cada cual frente a sus responsabilidades al igual que nosotros sabemos ponernos ante las nuestras. «Cuidado con mantener inflexibles la doctrina y el programa. Seamos flexibles en la acción, seamos flexibles en la conciencia; pero sin perder nunca de vista que somos socialistas, que somos ugetistas y que somos hoy lo que fuimos ayer, lo que seremos mañana y lo que somos hoy.»

Termina diciendo que de

nuestro trabajo, de nuestra actividad y de nuestra capacidad depende que el Partido sea mañana una continuación en manos de quienes todo lo han sacrificado por él, y no en las de quienes no tengan una conciencia forjada en la lucha que hizo glorioso a nuestro PSOE.

Después de los aplausos a Guirao, ocupa la tribuna Moreda Vega, representante de los CC.DD. del PSOE y de la UGT de B. du R.

«Hay —dice— un factor que yo no quisiera dejar en la sombra en que el régimen de Franco ha querido meterle, que es el factor del Primero de Mayo en España. Lo que necesita el pueblo español, lo que pediría primeramente si se permitiera pedir lo que desea, sería libertad. Sería expresión de palabra, sería el respeto de la humanidad en la libertad. Esto no lo pueden hacer los compañeros de España. Nosotros en la libertad de la democracia nos reunimos todos los Primeros de Mayo. Venimos a mostrar nuestra ideología, nuestro pensamiento, nuestra manera de ser. Ni los años ni las fatigas, han disminuido en nosotros el entusiasmo de volver a ver en España una democracia como tiene derecho todo pueblo civilizado.

«Lo que ha de ser mañana España, depende de que no desmayemos nunca, de que continuemos por el camino escogido. Quien piense que cuando volvamos allí es para ser los mandos de la dirección del pueblo español, se equivoca. Nosotros queremos la libertad del pueblo; y cuando él se dé esa libertad, nosotros seremos lo que el pueblo español nos diga qué tenemos que ser.

El compañero Moreda Vega fué muy aplaudido. Cierra el acto con unas palabras el presidente compañero Ibars, quien hace un análisis de los discursos, agradeciendo una vez más a los compañeros de la SFIO y de Fuerza Obrera, como en años anteriores, su solidaridad fraternal participando en este acto del Primero de Mayo de 1939, uno más en la larga espera de veinte años de emigración. Recordó las grandes luchas que habrían tenido que librarse para reconquistar la libertad perdida en nuestra patria, víctima de engaños e incomprendiones, y aislada por una dictadura implacable y afrentosa.

pañoles muertos en acción por la causa de la libertad, y en el cementerio de la villa depositamos otros dos ramos de flores dedicados a dos compañeros fallecidos que fueron destacados militantes sindicalistas.

Dimos conclusión a los actos en fraternal camaradería, cambiando impresiones acerca de la situación internacional y comprobando con agrado que los compañeros de FO siguen de cerca nuestros problemas y solidarizándose en un todo con nosotros. — A. D.

En Pirineos Orientales

Como en años anteriores, los socialistas y ugetistas de los Pirineos Orientales celebramos este Primero de Mayo, fiesta tradicional de los trabajadores. A tal efecto, desde Perpignan y de los diferentes pueblos del departamento, nos trasladamos al importante pueblo de Rivesaltes, donde los compañeros de las Secciones locales, no podían ocultar su satisfacción al ver el gran número de autocares que llegaban repletos de compañeros que habían respondido con entusiasmo al llamamiento hecho por los Comités departamentales, sin importarle la inclemencia del tiempo.

En nombre de las Comisiones Ejecutivas del Partido y de la Unión, acudió el compañero Pascual Tomás.

En la gran sala de reuniones de la Alcaldía de Rivesaltes, puesta a nuestra disposición graciosamente por los concejales de la SFIO, se celebró un importante acto público. Presidió el compañero Arcadio Martínez, presidente y secretario de los Comités departamentales del Partido y de la Unión y miembro del Comité Director del Partido, el cual en breves palabras hizo un análisis de las grandes manifestaciones que se celebraban en España antes del advenimiento del franquismo, las cuales constituían imponentes demostraciones de fuerza y de preparación cívica de la clase trabajadora. Recordó las grandes luchas que habrían tenido que librarse para reconquistar la libertad perdida en nuestra patria, víctima de engaños e incomprendiones, y aislada por una dictadura implacable y afrentosa.

Los hizo, por último, un emocionado llamamiento para que ingresaran en las filas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español, y de esta forma unir sus esfuerzos a los de los demás compañeros que forman la gran colonia de exiliados en la lucha contra el franquismo hasta implantar en nuestra querida patria un régimen de libertad y de justicia.

Comenzó el compañero Tomás su magnífico y emocionado discurso, que duró hora y

media, actualizando la situación caótica que atraviesa el régimen franquista, poniendo de manifiesto el malestar de las diferentes capas sociales de la nación. Inclusive —dijo— las que eran punta principal del régimen, como son el Ejército, la Iglesia y la alta finanza, se manifiestan ya contra la política que arruina y desacredita ante el mundo a nuestra querida patria.

Seguidamente hizo una exposición de los progresos de las ideas socialistas y del prestigio que adquiere nuestro Partido en el interior de España, al cual se adhieren grandes núcleos de la clase trabajadora manual e intelectual, a pesar de la campaña de calumnias que vierten nuestros enemigos, en particular el propio Gobierno franquista. Nuestro Partido es hoy considerado como el movimiento de atracción de las fuerzas antifranquistas y antitotalitarias, que, en un esfuerzo común, han de erradicar a la tiranía que oprime a los españoles.

A continuación el orador se dirigió a los jóvenes, que en gran número asistían al acto, incitándolos a que se comprometan con los altos ideales del Socialismo, y sean los continuadores de sus antepasados, para lo cual es necesario que aprovechen el tiempo en prepararse y en capacitarse.

Y, por último, aprovechando la presencia de gran número de compatriotas recientemente llegados de España en busca de trabajo, se dirigió a ellos para hacerles comprender la absurda que les ha obligado a abandonar el suelo patrio en busca del pan para ellos y sus familiares. Hizo, con este motivo, una exposición clara y precisa del nivel de vida que disfruta la clase trabajadora en los diferentes países de Europa y América, comparándolo con el que sufren los obreros y el clase media bajo el régimen franquista, donde, a pesar de interminables jornadas, no ganan para sostener sus hogares en un nivel mediano. Demostró con detalles la diferencia de la situación de la clase trabajadora española en la actualidad con la que disfrutaba en tiempos de la República no obstante las dificultades que se encontraban en aquellos momentos a causa de la desastrosa situación que había dejado la monarquía.

En Belgrado se ha fundado el primer Teatro Esperanto, cuyos miembros son actores y escenaristas profesionales. Este teatro dió en febrero último el amor del señor Perlimplina, de García Lorca. El repertorio comprende principalmente piezas de Albert Camus, y los autores yugoslavos están en el repertorio con «E. sospechoso», de Branislav Nusic, y «Kostana», de Stevan Sremac.

cia social comparable al que disfrutaban los obreros en los países democráticos.

Aplaudido en diversos pasajes, al final de su importante discurso, la asistencia en pie premió al compañero Tomás, con una emocionada ovación.

Seguidamente nos trasladamos a la hermosa playa de Leucate, donde se pasó el resto de la jornada en jira campestre con baile, juegos y diferentes clases de diversiones, en medio del mayor entusiasmo, como ocurre siempre en esta clase de excursiones.

El regreso se hizo a hora muy avanzada de la tarde, con gran satisfacción de todos por la magnífica jornada. ¡Ahora cunda el ejemplo y la jira, la palabra a la Juventud.

Arcadio Martínez

En Argel

Organizado por las JJ. SS. de la SFIO de esta capital, tuvo lugar en su domicilio social un importante acto celebrando magníficamente tan histórica fecha.

Se unieron a este acto nutrido y selecto auditorio del PSOE, UGT y de la SFIO así como jóvenes de diversas tendencias democráticas en número considerable. Presidió la reunión el joven Sayud, quien tras breves y emotivas frases de presentación, cedió la palabra a nuestro compañero César Barona, que aportó el saludo de nuestras organizaciones.

Hicieron igualmente uso de la palabra Claude Olivieri, en nombre del Sindicato de la Enseñanza; Grimaldi, del Bureau federal; Antonio Blanco, secretario federal de las JJ. SS. de Argel y miembro del Comité Nacional de las mismas, el cual hizo una brillante exposición y un vibrante llamamiento a las juventudes de todas las tendencias para que ayuden en masa a nuestra organización juvenil.

Cerró el acto, excelentemente organizado, con unas palabras el secretario federal de la SFIO, camarada Levy, explicando, como los demás oradores lo hicieron en otros aspectos, la significación de la Fiesta del Trabajo.

Esperanto

En Belgrado se ha fundado el primer Teatro Esperanto, cuyos miembros son actores y escenaristas profesionales. Este teatro dió en febrero último el amor del señor Perlimplina, de García Lorca. El repertorio comprende principalmente piezas de Albert Camus, y los autores yugoslavos están en el repertorio con «E. sospechoso», de Branislav Nusic, y «Kostana», de Stevan Sremac.



Los socialistas asturianos

El Grupo del Astur de la Comisión Socialista Asturiana de Estudios en el exilio celebrará reunión el próximo domingo 7 de junio, a las diez de la mañana, en Ales, local de Force Ouvrière.

Orden del día: 1) Lectura del acta de la precedente reunión; 2) Revisión de cuentas del grupo y lectura y aprobación del acta de la jornada en jira campestre con baile, juegos y diferentes clases de diversiones, en medio del mayor entusiasmo, como ocurre siempre en esta clase de excursiones.

MARSELLA

El sábado día 26 de junio, a las 7 de la tarde en segunda convocatoria, junta general extraordinaria de la Agrupación Socialista. El orden de esta junta se refiere a la elección de vocales al Comité Director.

TARBES

Se convoca a todos los afiliados de esta Sección PSOE de Tarbes a la elección de vocales del Comité Director que tendrá lugar el domingo 21 de junio de diez a doce de la mañana en los locales del número 46 de la calle Georges Clemenceau.

Se convoca a todos los afiliados de esta Sección PSOE de Tarbes a la elección de vocales del Comité Director que tendrá lugar el domingo 21 de junio de diez a doce de la mañana en los locales del número 46 de la calle Georges Clemenceau.

ACCION JUVENIL SOCIALISTA

Federación de Juventudes Socialistas

Habiéndose cubierto todas las plazas disponibles para el Campo-Escuela de verano de Istres, se advierte a los compañeros que las solicitudes que sigan llegando quedarán en reserva por si se produjera alguna vacante.

La Comisión Ejecutiva BURDEOS

A todos los compañeros y amigos de la Sección de Burdeos de la UGT, se trata el siguiente orden del día: 1) Lectura de actas de las asambleas anteriores; 2) Lectura de correspondencia recibida y expedida por el Comité; 3) Proposiciones del Comité; 4) Renovación del Comité; 5) Ruegos, preguntas y propuestas. Por el Comité: el secretario de Organización, V. Leira.

Letras de luto

Ataque con manifiesto retrato, muy ajeno a nuestra voluntad, hemos de dar noticia, para conocimiento de los numerosos compañeros y amigos que residen en Francia, del fallecimiento acaecido el 14 de octubre pasado en 8 de la mañana, Almuero en Castets; Bayona; comida en Hendaya; Bidarray, Espelette, Sare (frontera); Col de St. Iñace, Ascain, St. Jean de Luz; cena en Bayona; Gastos, 1.400 frs.; 26 de julio. — Cap Ferrat, 800 frs.; 9 de agosto. — Langrissac, Lacanau, 400 frs.; 23 de agosto. — Le Porge, Océan, 400 frs.; 8 de septiembre. — A petición de los excursionistas. Todas las salidas se efectuarán de la Place de la Victoire a las 7 horas (salvo en la jira al País Vasco, que será a las 5), y los regresos, a las 20 horas. Habida cuenta del gran número de solicitudes de inscripción para la excursión al País Vasco, los organizadores se ven obligados a pedir por adelantado la suma de 250 francos. Se ruega a todos respeten estrictamente los horarios de salida en

Aunque fuese posible científicamente crear un Estado nuevo, uno tan solo —lo que no sucede generalmente— no bastaría ser nuevo para que fuese mejor. Nuestro deber es escoger, evitar el conformismo de lo inédito y evitar el «conformismo» del «statu-quo».

Después de todo, la historia es, por lo menos en parte, lo que la hace el hombre, y no únicamente producto de una «fatalidad metafísica». Me doy cuenta de las cantidades de anatemas que lanzarían los marxistas integrados cuando lean estas líneas. Pero ¿quién de ellos se atreverá a sostener que Italia, de 1920 hasta la guerra; Alemania y el mundo, de 1933 a 1945; América, de 1932; Francia, de 1958; Rusia, de antes y después de 1953, no han visto cambiar su destino con Mussolini, Hitler, Roosevelt, De Gaulle, Stalin y Kruschchev? ¿Quién afirmará que el «New Deal» habría existido si el presidente Hoover, hubiese sido reelegido contra Roosevelt; que esa revolución económica existía necesariamente en germen, esto es sin la victoria de los demócratas; que la Cuarta República hubiese igualmente sucumbido si De Gaulle no hubiese salvado, en Londres, dieciocho años antes, el honor de Francia? ¡Pero cuidado: que no se me atribuya más de lo que digo!

El envejecimiento de una sociedad y la voluntad de transformarla no pueden ser el resultado de una doctrina «a priori» que exprese una «verdad absoluta», común a todos los países y en todo momento. Que no se deduzca por ello que ese envejecimiento y esa voluntad son independientes de toda doctrina preexistente, de toda concepción previa de lo social, de lo justo y de lo útil. Sería igualmente absurdo, aunque al revés. Juzgar, es comparar; querer transformar, es intentar aproximarse a uno de los términos de comparación que consideramos preferible al «statu-quo».

Por todo ello, la actividad de nuestro espíritu en cuestiones de doctrina debe ser libre y compleja al mismo tiempo. Debe aceptar aquellos retoques que dicte la experiencia, incluso, a veces, verdaderas mutaciones que suponen cambios de frente o repliegues estratégicos. Ha de proceder por aproximaciones sucesivas. Sin romper con el pasado, ha de partir de la realidad, de la comprobación, y no de «datos absolutos».

Al comenzar toda investigación doctrinal, hemos de utilizar las nociones elaboradas precedentemente: trabajamos con ideas, con sentimientos, con voluntades ya formadas.

De ahí que existan dos peligros: el de la necesidad de partir de una base doctrinal preexistente, de dejar implícitos los datos antiguos que debemos sopesar y criticar a medida que se analiza y el otro, inverso, que consiste, una vez separados, en atribuirles un valor absoluto, hacerlos intangibles, protegerlos de la menor crítica. El primero, que conduce a una confusión en los oportunistas que confunden la doctrina con el programa inmediato o con un cartel electoral, o a la construcción que suelen hacer los neófitos de un «socialismo para uso personal» que ignora lo que queda en pie de los estudios anteriores. El segundo error, es el de los que se llaman marxistas y que se limitan a repetir fórmulas centenarias, sin haberlas asimilado y, sobre todo, sin haberse preguntado qué cantidad de verdad contienen todavía hoy.

Método de análisis

EL método que yo sugiero a los camaradas del «Grupo de Estudios Doctrinales» consiste en formular, primero, y analizar, después, desde su origen, el conjunto de datos concretos y de nociones abstractas que constituyen la «doctrina previa», la herencia del pasado, las concepciones fundamentales, supuestas provisionalmente necesarias; relacionar constantemente este conjunto que nos ofrece la experiencia; precisar y criticarlo en cada una de las etapas del pensamiento; corregirlo, e incluso transformarlo completamente cuando el análisis así lo exija, aunque haya que rehacer todo o parte del camino recorrido.

Continuidad y renovación

Los Partidos Socialistas ante su destino

Partido Socialista Francés (S.F.I.O.)

Método largo y delicado, es verdad; pero al que no nos podemos sustraer, pues no se trata solamente de destacar los datos de la experiencia, sino, además, de juzgarlos con voluntad de modificar su marcha futura. Conocer, analizar, enumerar y clasificar, es relativamente fácil. Enjuiciar y querer modificar el orden de las cosas, supone, además de los conocimientos necesarios, una observación al principio. Los problemas factores que un aspecto humano. Se nos aparecen unas consecuencias imprevisibles: soluciones que nos parecen evidentes, se convierten en inaceptables. Con frecuencia no se encuentra «la» solución adecuada. Se nos presentan varias que se oponen entre sí, y cada una de ellas ofrece sus ventajas y sus inconvenientes; una experiencia profunda modificará el valor relativo de unas y de otras.

Una doctrina viva tiene mucho de lo que es contenido de las ciencias políticas, en las que no reina jamás lo absoluto. Sólo la metafísica coloca a un lado todo el bien, y a otro lado todo el mal: el socialismo moderno no puede ser metafísico al menos que quiera renegarse a sí mismo.

El estudio crítico de una sociedad necesita, pues, acudir simultáneamente a valores de conocimiento y a valores morales. La sociología, la de las muchedumbres en particular, interviene también, como igualmente interviene las ciencias económicas.

Las reacciones del individuo, por regla general, pesan poco. Se está en presencia de grandes masas humanas. Su comportamiento nos lo dan las estadísticas que se encargan de establecer las relaciones que hay entre sus acciones y reacciones; las establecen con rigidez similar a la de las leyes físicas, algo así como sucede en las fluctuaciones desordenadas de una molécula animada por un movimiento «browniano» que no impide que a la escala macroscópica una reacción de terminada una la presión y el volumen del conjunto de las moléculas líquidas. Sin embargo, el comportamiento de las masas humanas constituidas por individuos y el de los fluidos formados en moléculas son intercambiables, en tanto que los hombres no lo son. Y si, a veces, puede substituirse el estudio de las estructuras psicológicas individuales y el de una estructura de grupo, como se pasa de la molécula al fluido del que es uno de sus constituyentes, no puede desconocerse la acción de determinados individuos en la masa humana, la acción de los que dirigen o influyen sobre sus semejantes, o que disponen de esa arma nueva que es la propaganda metódica que llega, a veces, hasta el «lavado de cerebro». Arma que no debemos subestimar su influencia después de las lecciones hitlerianas, rusas y chinas, sin hablar de la llamada «guerra psicológica». La interdependencia, negada por los marxistas puros, ante la acción individual de determinados jefes y el comportamiento social de las masas de su país, no puede negarse. El Mito tiene su lugar en ese estudio, como los tienen los factores materiales. Puede, a veces, como hemos visto, personalizarse; pero, a veces, puede quedar anónimo: ¿cómo pue-

de resolverse el problema de la subalimentación crónica y las hambres en India, si ignoramos el «tabú» de la vaca?

Doctrina y programa

CONCEBIDA así la doctrina, el actualizarla constituye una necesidad. Hasta los más tradicionalistas de los viejos partidos socialistas la sienten. Los partidos socialistas de Alemania federal y de Austria, acaban de publicar ensayos doctrinales de ese género que se separan mucho, quizás demasiado, de su antiguo marxismo. Trabajo parecido se está haciendo ahora en Bélgica.

La Liga de comunistas yugoslavos ha elaborado un conjunto, original y voluminoso, de pensamientos teóricos basados en sus más recientes experiencias, muy instructivos, si quiera me parezca, en determinados aspectos, bastante impregnado de utopía. El partido laborista británico ha renovado su programa, que se distingue imperfectamente, desde luego, de una doctrina. Sin embargo, para mí esa distinción es esencial.

Para terminar, deseo volver a distinguir las tres clases de trabajos que incumben a nuestro Partido: estudios de aplicación inmediata, programa para un período relativamente corto, y la doctrina. Los primeros, competen a la Comisión nacional de Estudios que Gazier ha animado durante mucho tiempo y cuyas secciones especializadas han procurado a los parlamentarios excelentes documentos de trabajo. Esa es una labor que hay que proseguir, con tanta mayor energía que estamos en la oposición. De sus diversas secciones deben salir los contra-proyectos a los textos gubernamentales, que serán defendidos en la medida en que la estricta interpretación de la Constitución no limite los debates únicamente a los textos presentados por el Gobierno. Por lo tanto, no existe ninguna relación entre este trabajo que se sitúa dentro del marco del régimen y de la vida parlamentaria, y el de los GED que se ocupan de los fundamentos filosóficos, morales y políticos del Socialismo.

No hay que confundir programa y doctrina. La doctrina no es un monumento permanente, aunque sí duradero; el programa abarca un conjunto de reivindicaciones inmediatas a corto plazo. El programa tiene en cuenta las contingencias del momento; la doctrina, no. Para «ir hacia el ideal» viviendo en lo real, según la fórmula de Jaurès, hay que ser fiel a una doctrina, y hacer programas adaptados a las circunstancias. Un partido sin doctrina se hundió en el oportunismo; un partido sin programa se convierte en una capilla. Dos partidos diferentes pueden llegar a un pacto de unidad de acción si se ponen de acuerdo acerca de un programa limitado. Sólo podrán llegar a la unidad orgánica si se identifican en cuanto al programa y en cuanto a la doctrina. El papel del joven «Grupo de Estudios Doctrinales», queda, pues, delimitado en relación a otros organismos de estudios del Partido.

Permíteme recordar un antecedente. Hace veinticinco años fundé con unos cuantos amigos otro Centro de Estudios que bautizamos con el nombre de «Unión de Técnicos Socialistas» (UTS). Tuvo mucho éxito. Su objeto no era ni la doc-

trina —entonces no se sentía necesidad de repensarla— ni el programa inmediato. Su objeto era dar contestación a esta hipótesis: ¿Qué haría actualmente un Gobierno socialista? La idea fue lanzada durante una gran concentración socialista presidida por Leon Blum, en la que diferentes oradores dijeron cómo regentarían ellos, en hipótesis, un ministerio. Era en 1934.

La UTS se puso a trabajar. Contaba con camaradas de gran valía, algunos de los cuales ocupan hoy altos puestos en la Administración, en las finanzas y en las industrias. Esbozamos y entregamos a Leon Blum toda una serie de textos, algunos de los cuales después de los proyectos de ley que, a monjes, se presentaron a la Cámara en 1936; las nacionalizaciones del Banco de Francia y de las fábricas de municiones; los contratos colectivos, las cuarenta horas, las vacaciones pagadas, fueron estudiados por la UTS. Ninguno de nosotros sabía si esos trabajos serían útiles, ni cuándo podrían serlo. Se hizo un trabajo preparatorio. Quienes intervinieron en la UTS que Leon Blum supo en todo momento alentar, pueden sentirse satisfechos y decir que su esfuerzo no fué baldío. ¡Ojalá pueda el Grupo de Estudios Doctrinales preparar el renacer doctrinal del socialismo francés!

Jules MOCH

Panorama actual del Socialismo (*)

Por Pierre Bonnel y Roger Quilliot

Preámbulo

NOS hemos asignado la tarea de presentar un resumen de las cuestiones que se plantean a los socialistas, por lo menos, a los que no admiten «tabús» ni han considerado a nuestros maestros como profetas. Nuestro vocabulario resulta, a veces, confuso e inadecuado: 1. opinión pública se forma una imagen inexacta de nuestras ideas; nuestros propósitos chocan con nuestros actos. No pretendemos que nuestro vocabulario deba ser enteramente abandonado y que debamos modelarlas tal como la opinión se imagina que somos o como seguir la mos que fuéramos. No decimos que la doctrina deba ser la línea de nuestros actos o que nuestros actos sean la fiel continuación de la doctrina de ayer. Y si replanteamos el conjunto de la doctrina, no es porque creamos que todo cuanto se dijo hace tiempo, está ya sobrepasado; pero no es posible tampoco remendar una doctrina sin peligro de que de ello salga un traje de Arlequín. Como dice más adelante Bonnel, «el socialismo apunta al conjunto de la comunidad» no hay más remedio que construir ese conjunto a la medida del mundo moderno.

Si partimos con frecuencia del marxismo, no es que lo consideramos a priori como caduco en todos sus postulados. Sabemos que el marxismo ha entrado en los hábitos intelectuales, que ha influenciado profundamente la sociología, la economía, los estudios históricos y que ha impregnado hasta el pensamiento de nuestros adversarios. Por lo mismo, que el marxismo pasa por ser el fundamento de nuestras ideas y de nuestra acción, nos parece indispensable que confrontemos sus tesis, sus objetivos y sus resultados con las realidades del mundo moderno.

(Continuará)

(*) Aunque la SFIO acaba de celebrar en Puteaux unas «Jornadas de Estudios» y ha confeccionado ya unos proyectos de textos concretos, Estudios y ha confeccionado ya unos proyectos de textos concretos, nosotros no parece de gran utilidad publicar este estudio, que ha servido de base exploratoria, para que nuestros compañeros estén informados de cómo se han elaborado los textos concretos que discutirá un Congreso. (N. d. T.)

Apuntes históricos

Recuerdos del tiempo joven

EL PRIMERO DE MAYO
Y LAS OCHO HORAS

— XLIII —

Por Andrés Saborit

EN París, el 20 de julio de 1889, al final del primer Congreso de la Segunda Internacional — dentro de unas semanas se cumplirán los setenta años —, entre la indiferencia de la mayoría de los delegados, a punto de separarse después de coronada con éxito su primordial tarea de reconstituir la Internacional, se adopta un acuerdo instituyendo la manifestación del Primero de Mayo. ¿Qué es lo que nace en París en esta fecha? ¿Una fiesta obrera? ¿Un día de lucha y de reivindicaciones proletarias? ¿Una reclamación a los Poderes públicos de cada país en pro de la legislación social en favor de mujeres y niños, en especial de la implantación con carácter internacional de la jornada de ocho horas? Todo ello a la vez, aunque principalmente nace una corriente irresistible del proletariado universal alrededor de la bandera de las ocho horas.

Se ha pretendido desconocer el verdadero origen del Primero de Mayo; pero la historia ha establecido de manera clara e irrefutable que la decisión de abandonar el trabajo en un día dado en todos los países, manifestarse en la vía pública y hacer reclamaciones a los gobiernos para obtener una legislación favorable a la clase obrera surgió en el primer Congreso de la Segunda Internacional, fué ratificada en los Congresos sucesivos de Bruselas y de Zurich, y secundada entusiastamente por los socialistas del mundo entero, frente a las persecuciones y atropellos de patronos y autoridades, con la hostilidad de las organizaciones anarquistas de los países latinos donde todavía conservaban alguna fuerza y entre la indiferencia y la burla de buena parte del propio proletariado cuya rendición deseaban los iniciadores de tal acuerdo.

¿Quiere esto decir que semejante decisión careciera de antecedentes? Pueril sería pretenderlo. Examinemos primero los orígenes de las ocho horas. Historiadores hay que atribuyen a Felipe II — el hecho es exacto, por otra parte — una serie de ordenanzas reales instituyendo la jornada de ocho horas en determinados trabajos y regiones de los extensos dominios de la Corona de Castilla. Con fecha 10 de enero de 1579, Felipe II fijaba en ocho horas de trabajo la jornada de los mineros, del siguiente modo:

«Queremos y ordenamos que los obreros de las minas trabajen ocho horas por día con dos entradas cada una de cuatro horas. Si el trabajo fuera urgente, será efectuado por cuatro obreros que trabajarán cada uno seis horas, unos después de otros, sin interrupción, remitiendo los útiles de trabajo en manos de otros obreros cada uno de ellos, después de haber cumplido sus seis horas y teniendo así dieciocho de reposo cada veinticuatro horas.»

Posteriormente, el 20 de diciembre de 1593, Felipe II ordenaba al virrey de las Indias lo siguiente, relacionado también con las ocho horas:

«Todos los obreros de las fortificaciones y de las fábricas trabajarán ocho horas por día, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde; las horas serán repartidas por los ingenieros según el tiempo más conveniente para evitar a los obreros el calor del sol y permitirles velar por su salud y su conservación, sin faltar a sus deberes.»

Las citas de este género podrían multiplicarse, pero ninguna de ellas probaría que efectivamente los esclavos de las Indias y los obreros de las minas disfrutaran del régimen de trabajo ordenado por Felipe II, ni consta en parte alguna que tan poderoso señor se interesara seriamente por problemas tan alejados de sus otras preocupaciones militares y religiosas.

En su interesante libro «Histoire du Premier Mai», Maurice Dommanget escribe que el verdadero padre de la fórmula social de los tres ochos es Denis Veiras, nacido en Alès entre 1635 y 1638, de una familia protestante, y autor de la novela social «Histoire des Sévarambes», cuya primera edición en francés apareció en 1677. Según Denis Veiras, salvo los enfermos, ancianos, accidentados o impedidos por otras causas, «trabajaría cada uno ocho horas por día, y el resto del tiempo le emplearía en diversiones honestas y permitidas o en el sueño y en el reposo.»

En «La Ciudad del Sol», de Campanella, que Dommanget supone pudo servir de orientación a Denis Veiras para su novela social, el célebre monje calabrés fijaba en cuatro horas diarias como máximo la

siendo una República, o, puesta en manos de bandidos, será desmenzada y volverá a caer en la monarquía.

«Ciudadanos jurados! ¿Os atreveréis a condenar a hombres a quienes sólo ha guiado el amor a la justicia? ¿Queréis acelerar la contrarrevolución y precipitar la caída de los verdaderos republicanos bajo el puñal de los realistas triunfantes? Sin embargo, si se acuerda mi muerte, si la hora fatal ha sonado para mí, tiempo hace que estoy resignado. Víctima siempre durante esta larga revolución, ya me he familiarizado con los suplicios. La roca de Tarpeya está siempre ante mis ojos, y Graco Babeuf es feliz muriendo por la causa del pueblo.»

Y por el pueblo murió, guillotinado con su amigo Barthe, el 26 de mayo de 1797, en tanto que Buonarroti y otros colaboradores de Babeuf fueron deportados, y, pasados los años, ya libres, pudieron continuar la obra del fundador de «Los Iguales», que tanto influyó en algunos revolucionarios franceses, Augusto Blanqui principalmente.

La literatura marxista está llena de escalofrantes descripciones de la explotación sufrida en Inglaterra — donde se inició la evolución del maquinismo con la introducción del vapor y de los telares mecánicos — por mujeres y niños, que término medio trabajaban de catorce a dieciséis horas diarias. Se refiere en uno de estos documentos que en determinada región industrial inglesa, de 4.000 niños 600 tenían menos de diez años, y que cada obrero disponía, como mínimo, de veinticinco mujeres y niños auxiliares suyos en algunos establecimientos de la industria textil.

A qué extremos llegaría el abandono en que se encontraba la infancia, que en 1819 una disposición oficial inglesa limitaba la jornada en la industria del algodón y de la lana a doce horas por día para los niños menores de nueve años, y en 1833 otra ley determinaba que los niños de nueve a dieciséis años no pudieran trabajar más de cuarenta y ocho horas semanales. Esta legislación nació a consecuencia de haberse creado en 1829 en Inglaterra la Asociación nacional para la protección del trabajo, con la bandera de las ocho horas, y ante las reclamaciones de las Trade Unions que pedían la aplicación de esta jornada a los

adultos y la de seis horas para los menores de edad.

Hasta donde pudo, Roberto Owen, industrial inglés precursor del cooperativismo, implantó la jornada de ocho horas, más en la teoría que en la realidad, llevando la bandera de la reducción de las horas de trabajo a sus generosas iniciativas industriales de Norteamérica, si bien con escaso resultado. Sus colaboradores discutían y hasta censuraban sus propuestas, dando lugar a que Owen les respondiera:

«La experiencia, ¿no os ha enseñado la diferencia que existe entre un material mecánico limpio, reluciente, siempre en buen estado, y el que está sucio, en desorden, sometido a reparaciones diarias y poco a poco fuera de uso? Pues si los cuidados que concede a los motores inanimados pueden dar resultados tan favorables, ¿qué no podría obtenerse de esos mismos cuidados a los motores animados, a esos instrumentos vivientes cuya estructura es mucho más admirable?»

En su catecismo para uso de los trabajadores, Roberto Owen sintetizó así sus aspiraciones acerca de las ocho horas:

«Porque es la jornada máxima de trabajo — teniendo en cuenta el vigor medio y concediendo a los débiles el derecho a la existencia como a los fuertes — que la especie humana puede soportar para vivir en buena salud, inteligente y feliz.»

«Porque los descubrimientos modernos en química y en

(Pasa a la segunda pag.)

Solidaridad de los Sindicatos franceses con nuestra causa

Texto de la moción aprobada por aclamación en reciente Congreso departamental de Force Ouvrière de la región de Tarbes:

«El Congreso de la Unión Departamental de Sindicatos Force Ouvrière de Hautes Pyrénées, reunido en Pierrefitte el 24 de mayo de 1939, reafirma una vez más su solidaridad con todas las camaradas que tras la Cortina de Hierro, en esa inmensa prisión, espiritual y material que es la España de Franco, en el Portugal de Salazar o bajo las dictaduras que todavía subsisten en la América del Centro y del Sur, continúan luchando, sin desmayo y con el mismo ardor, por la causa del sindicalismo libre.»

LEO con gran complacencia el artículo «El sofisma de la igualdad» de Manuel Marcos Estrada, aparecido en EL SOCIALISTA del 2 de abril. Ha sabido interpretar con justeza y acierto mi pensamiento y seguramente el de otros muchos compañeros en su encendida protesta contra el comodísimo recurso, que en los últimos tiempos vemos prodigarse, de medir por el mismo rasero a quienes sin reparar en sacrificios defendieron la legalidad y la decencia españolas y a los que villanamente y con crueldad inaudita se lanzaron, sin ser provocados, por el camino de la sublevación cerrando los ojos ante los fieros males que a la patria inferían; contra la acusación que se hace a la República de ser autora de atropellos que legitimaron la reacción y el legitimismo de los agravados.

En manera alguna podemos admitir sin nuestra protesta y, por consiguiente, sin salir al paso de tales aseveraciones. No es posible admitir en silencio que los jóvenes que por razón de edad no participan en la contienda y que liberados del antiesistente ambiente franquista se acercan a nuestro campo estimulados por un afán nobilísimo de servir a ideales superiores, lleguen con reservas mentales, producto de la insistente propaganda que han estado soportando. Cuando menos tenemos el deber de disiparlas con el lenguaje de la verdad. Y la resplandeciente verdad es que nuestra República fué lo que debía ser: justa, generosa y

honestas, aun a sabiendas de que su respeto a la ley y a la conciencia ciudadana no iba a ser agradecido por quienes, ahitos de inexplicable odio, militaban en opuesto campo. Como dice Marcos Estrada, todo lo más que se puede censurar al Gobierno legítimo de España es la generosa bondad, lo que condena con mayor fuerza la actuación de sus enemigos. Esta bondad, lenidad si se quiere, ha servido para comprobar la negra ingratitude de las derechas españolas. Generosidad que no puede traducirse como culpa o demérito de quienes rigieron nuestra segunda República, sobre todo en las etapas en que no fué desvirtuada la verdadera esencia republicana. De haber seguido normas de dureza persecutoria, la sublevación se habría producido igualmente, según mi leal entender, y ella hubiera surgido cubierta de aparente razón, arguyendo los conspiradores su condición de perseguidos. Lo acontecido nos advierte de la calidad del enemigo que tendremos por delante y ello deberá servir de experiencia para futuras contingencias y no ciertamente para atropello, sino para no incurrir en benévola consideración como anhelo de convivencia. Aquí de la conocida máxima: «Si alguien te traiciona una vez la culpa es suya; si te traiciona dos veces, tuya.» Y de esto es de lo que deberá tener cuidado la tercera República, a la que algún día habremos de llegar; no dejarse engañar por segunda vez por un turbio entendimiento entre la cruz, la espada y el capital; entre una Iglesia vaticana y un Ejército más que desleal a la patria, a la República y a su juramento.

Esos jóvenes habrán oído hablar con el ensordecedor martilleo de una propaganda, tan tenaz como tendenciosa, de los crímenes cometidos en el campo republicano y se nos habrá presentado como criminales matos. Deben saber que nosotros, los rojos, de ferocidad inigualable, tal como se nos ha pintado, al compararnos con las hordas falangistas resultamos, en lo que se refiere al respeto al prójimo, algo así como samaritanos o hermanos de la caridad, en cuanto a tolerantes. Tal propaganda dió muy buenos frutos a los rebeldes al irradiar por el mundo entero, en el comienzo de la contienda, la ferocidad de los rojos, pero ese mundo está hoy al cabo de la calle y

Desde Buenos Aires

Comentario a un artículo

Por Juan de Navarra

Por Juan de Navarra

El borrón y cuenta nueva no nos satisface. El toque no consiste en cerrar los ojos ante lo pasado, sino en abrirlos bien para enjuiciar las cosas con conocimiento de causa y deslindar responsabilidades o deducir consecuencias, que así aparecerán con nitidez insuperable. A ese enjuiciamiento no teme el bando de la lealtad republicana, porque tiene la honrada convicción de que refiriéndose a él no puede hablarse de fracaso sin manifestar la ingratitud. Ha hecho frente a los acontecimientos luchando con decisión y creciéndose ante la adversidad.

Bien está que la juventud haga acto de presencia. La necesitamos en los cuadros de la política nacional con vistas a una nueva España carente de odios y de fobias. Pero ella necesita de nuestra experiencia tanto como nosotros de su acometividad juvenil. Por lo pronto debe ser advertida de los cantos de sirena que pueden sonar en sus oídos por parte de aquellos que por su cuenta y razón tratan — como dice Marcos Estrada — de convencer a la opinión pública de que para la renovación de la vida política española hay que prescindir de todos los hombres, programas y partidos que participaron en la guerra, alegando con excesiva ampulosa retórica que unos y otros, en el mismo plano de igualdad, llevan sobre su vida el rencor y el odio que los hace inservibles para toda obra de reconstrucción nacional.

Seguramente quienes eso sostienen no dan muestra de tener su conciencia tranquila (Pasa a la segunda pag.)

Se ordenaba desde Madrid la eliminación inmediata de cuantos izquierdistas figuraban en las listas negras previamente confeccionadas. Impacientes por cumplirlos los requetés de Pamplona, acuciados por las primeras noticias que acusaban el triunfo de la CEDA, se lanzaron a la calle, mientras los elementos del Frente Popular, advertidos de lo que acontecía, permanecían a la defensiva en su

Escuela Sindical de Toulouse

«Preocupaciones de hoy y de mañana»

por Manuel Muñio Arroyo

En la serie de lecciones que se vienen dando en la Escuela Sindical de Toulouse, ha sido el veterano Manuel Muñio quien ha desarrollado el contenido del tema que en el título indicamos.

Empezó diciendo que debemos ser completamente sinceros delante de los jóvenes y que hemos de hacer examen de conciencia ante ellos, precisamente por ser jóvenes y estar deseosos de aprender y orientarse.

Reconocer los errores que hayamos podido tener, nos eleva; tanto como nos disminuye creernos infalibles o superhombres, mirando con desdén o indiferencia a los que, por desconocer nuestra historia, se acercan a nosotros atraídos por el crédito de nuestras organizaciones. No debemos ser fanáticos, pero sí firmes en nuestras ideas, al mismo tiempo que abiertos para la discusión de los problemas de España, y no creernos en posesión de la verdad absoluta y que solamente nosotros tenemos razón. Hemos de admitir que aquellos que de buena fe sienten ideales distintos, pueden tener razones que oponer a las nuestras. Y añade el compañero Muñio: «Cuanto más convencidos estemos de nuestra razón, más tolerantes hemos de ser con los contrarios; pero éstos han de ir al terreno de la tolerancia con sana intención.»

Hay que atraer a la nueva generación; hemos de procurar que vean en nosotros lo que somos, y esto lo conseguiremos si con sinceridad y buen deseo tratamos todos de superarnos, que, al fin, es la manera eficaz de ser útiles a España. A los jóvenes tenemos que procurar hacerles comprender los errores cometidos, sencillamente para que ellos no los repitan, ya que podemos hacer el análisis del pasado por la experiencia vivida. La crítica sana es necesaria para constructiva y hemos de hacerla estudiando los problemas, y solamente los problemas.

Después, nuestro compañero Manuel Muñio nos dice que la sinceridad, la ejemplaridad en la conducta y la razón serenamente defendida, con noble pasión, atraen militantes, pues en el pueblo español hace mayor impresión la buena conducta de los que defienden una idea que textos y largos discursos que hoy la mayor parte de los jóvenes condenan, pues ya sabemos que el régimen franquista les ha cargado de monsergas.

La educación más amplia y profunda debe hacerse cuando el simpatizante ya está en nuestras filas — y si es hombre preparado, más sobre todo — para que sus conocimientos lleguen a enriquecer nuestras organizaciones. No debemos ser dogmáticos, sino firmes en nuestras convicciones y empíricos, en tanto a experiencia me refiero, a fin de saber enfocar los problemas que se nos presentan, procurando resolverlos de manera lógica y sobre fundamentos de veracidad y mejor intención.

Los jóvenes de hoy suman aproximadamente 18 millones de españoles de menos de 35 años de edad; no son adictos al régimen que empobreció a España y a sus trabajadores. La juventud obrera y universitaria quiere a España libre, democrática, europea y, por esto, sin corrupción y sin odios. La juventud española que piensa y trabaja no quiere que nuestro país sea el pariente pobre de Europa.

Es — dice Muñio — a esta juventud de la nueva generación a la que hago principalmente el llamamiento; pese a pesar de la deformación que pueda tener, producto naturalmente del medio en que ha crecido y vive, siente afanes de libertad y de progreso y esencialmente de orientación socialista que debemos procurar encauzar por amplios márgenes de tolerancia, que no excluya el cumplimiento de los acuerdos — previamente discutidos — cuando ya sean afiliados a nuestras filas. A estos jóvenes les digo que los partidos socialistas y los sindicatos libres en general, y concretamente nuestro Partido Socialista Obrero Español y nuestra Unión General de Trabajadores de España, pueden servirles para acercarse a los principios socialistas y sindicalistas que son la base para desarrollar sus actividades en las que cada día procuraremos avanzar un paso en la marcha hacia el socialismo libre y hacia el Socialismo.

Al compañero Muñio — que escuché merceditos elogios de los jóvenes y veteranos que le escuchamos — le hicieron algunas preguntas a las que respondió cumplidamente. Como leerán nuestros compañeros y recordarán los que asistieron al acto, la lección resultó provechosa en grado sumo, pues el conferenciante expuso sus preocupaciones de hoy con claridad para que mañana puedan desarrollarse en España en beneficio de nuestro país y de los trabajadores. — Un chico de la Escuela.

El socialismo en Austria

Por Luis Araquistáin

EL país más desmembrado en 1919 por la primera guerra mundial fué la Monarquía austro-húngara. Hasta aquel momento tenía 384.000 kilómetros cuadrados y 50 millones de habitantes. Hoy la República austriaca, sucesora de aquel imperio, sólo tiene 84.000 kilómetros cuadrados y 7 millones de población. A pesar de esta merma, los austriacos no están descontentos de su destino; su nación, aunque ahora pequeña, es independiente. Ya no está en las garras de Hitler, como a partir de 1938, ni la amenaza ningún peligro por el lado de Alemania.

También ha desaparecido el peligro de que Rusia aprovechara su ocupación de una zona en Austria, después de la segunda guerra mundial, para repetir lo hecho en su zona de Alemania: constituir una colonia soviética disfrazada de República Democrática Austriaca que, como su paralela y seudónima de la Alemania oriental, no sería ni república, ni democracia, ni austriaca. Los rusos tuvieron más suerte en la Alemania del Este: Otto Grotewohl, dócil jefe de los socialistas alemanes de aquella zona, consintió la absorción de su partido por el partido comunista soviético-alemán. A esa entredicha denominaron Partido de Unidad Socialista. (otro seudónimo como el del Estado tan mal nacido), y en recompensa Grotewohl es hoy el jefe del Gobierno de aquella colonia soviética.

Los rusos intencionaron la misma operación absorbente en Austria. Las condiciones ideológicas parecían mucho más favorables que en Alemania. El austromarxismo, que se designaba al socialismo austriaco, figuraba en el ala izquierda de la Internacional obrera. Aspiraba a ser un lazo de unión o por lo menos de concordia entre la Segunda Internacional (socialista) y la Tercera Internacional (comunista). Algunos de sus teóricos simpatizaban con ciertos aspectos del marxismo soviético o leninista. Pero eso era, cuando aún no conocían el marxismo soviético y sobre todo en su propia carne, durante la ocupación soviética de su país, los socialistas austriacos no sólo rechazaron inflexiblemente toda idea de unidad con los comunistas, sino que para defender mejor la independencia de su patria y la de su propio partido concertaron una de las alianzas políticas más heterocliticas que se conocen en la historia del socialismo europeo.

En Austria hay cuatro partidos cuyas fuerzas parlamentarias, antes de las últimas elecciones a comienzos de mayo, eran las siguientes: partido del pueblo (82 diputados); partido socialista (74 diputados); partido liberal (6 diputados); y partido comunista (3 diputados). Total, 165 diputados. En otro tiempo o en otras circunstancias es probable que los socialistas hubieran optado por quedarse en la oposición hasta el día en que dispusieran de una mayoría parlamentaria propia o en coalición con los partidos menores. Pero ante las dos calamidades que en 1945 afligían a la desventurada Austria, la miseria en que la dejó la guerra y la amenaza a su soberanía por parte de la potencia soviética que ocupaba su territorio, los socialistas no vacilaron en aliarse con el partido del pueblo (católico). No era ciertamente este partido un cómplice compañero de cama (en él no escasean los elementos reaccionarios y clericales); pero no había otras alternativas que dos: o una oposición estéril y desmoralizadora, o la capitulación ante los cantos de sirena del imperialismo soviético y al señuelo de la falsa unidad. Los socialistas prefirieron sacrificar la pureza de la doctrina a la salvación de Austria y de su mismo partido.

La coalición de los católicos y socialistas austriacos dura ya catorce años. Los cargos en el Gobierno y en la administración del Estado se distribuyen proporcionalmente a las fuerzas de los dos partidos en el Parlamento. Raab, canciller

en el último Gobierno, pertenece al partido del pueblo, por ser el más numeroso en la Cámara de diputados, y el vicecanciller Pittermann, al partido socialista. El primer presidente de la República restaurada, elegido en 1951, fué el socialista Koerner, y a su muerte en 1957, fué elegido Adolf Schaerf, también socialista. El católico Kamitz, ministro de Hacienda, es el autor de lo que se llama el «milagro austriaco», equivalente, en una escala nacional más modesta, al «milagro alemán». En cambio, el ministro de las Empresas Nacionalizadas es el socialista Waldrunner, émulo y en cierto modo antagonista de Kamitz.

El precio de esta difícil coalición es que los católicos, partidarios de la economía liberal, han debido consentir a los socialistas unas nacionalizaciones que no son de su agrado, y que los socialistas hayan permitido a los católicos mantener más empresas privadas de las que quisieran. La batalla entre los dos partidos ha sido constante y a veces acerbada. Pero el común interés nacional se ha sobrepuesto hasta ahora al particularismo partidista y ha salvado a la coalición, gracias a la cual, sean cuales sean sus inconvenientes y defectos, Austria es hoy uno de los países más prósperos de Europa.

Una de las características más notables de este ensayo de cooperación entre dos partidos ideológicamente tan antagónicos es que la batalla diaria entre ellos no se ventila en el Parlamento. Hay un Comité mixto de los dos partidos que estudia y resuelve todos los problemas del Gobierno. Los acuerdos que toma ese Comité, generalmente después de largas y enconadas discusiones, se convierten en proyectos de ley y son presentados al Parlamento, que los suela aprobar sin debate. En realidad el Comité mixto sustituye al régimen parlamentario tradicional, simplificándolo. El Parlamento sigue siendo la expresión y el registro de la voluntad nacional, pero deja de ser una pista de intrigas políticas y de torneos oratorios.

Los resultados de las elecciones de mayo último, a que aludí más arriba, fueron los siguientes: los populistas o católicos trajeron 79 diputados (perdían 3); los socialistas, 78 (ganaban 4); los liberales 8 (ganaban 2), y los comunistas cero (perdían 3). Aún no se ha nombrado el nuevo Gobierno. El retraso se debe sin duda al reajuste de cargos en vista de las pérdidas y ganancias electorales de los partidos. Pero todo hace suponer que continuará la coalición de católicos y socialistas, ya que las elecciones, lejos de desequilibrar sus fuerzas, las han equilibrado más. Lo más significativo de esa contienda electoral fué la derrota absoluta del partido comunista, que parlamentariamente dejaba de existir. Ello se debe probablemente al tratado de paz de las cuatro potencias ocupantes con Austria en mayo de 1955, que obligó a Rusia a alzar sus reales en ese país, y con ello se han extirpado de raíz los restos del comunismo austriaco. Entonces sorprendió mucho que Rusia se aviniera a hacer con Austria unas paces que hasta la fecha no ha querido firmar con una Alemania reunida.

La explicación ya no es dudosa: la alianza de los socialistas austriacos con los católicos les hizo comprender a los soviéticos que era quimérica la esperanza de crear una colonia austro-soviética, fundada en la absorción del austromarxismo por el marxismo leninista. No era posible repetir la aritmética de la Alemania oriental. No había más salida que la de marcharse. Y tampoco es ya dudosa la hipótesis de que si Grotewohl y los otros jefes socialistas alemanes del Este hubieran tenido la entereza de los socialistas austriacos, hoy no habría una ficticia Alemania oriental independiente, la paz se hubiera firmado hace tiempo con la Alemania auténtica y no sería necesaria la actual Conferencia de Ginebra ni ninguna otra que se convoque con ese objeto.